LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Tarifa Postal Reducida Nº 379 de la Administración Postal Nacional

Editorial Lumen Christi. — Bogotá.

Año LXII —— Mayo, Junio y Julio de 1968 —— Números 926, 927 y 928



Nuestro Santísimo Padre el Papa Paulo VI, quien se dignará visitarnos en Agosto próximo

COMUNICADO DE LA NUNCIATURA SOBRE VENIDA DEL PAPA

El Nuncio Apostólico tiene el alto honor de poner en conocimiento de las dignas autoridades civiles y eclesiásticas, como también del dilectísimo pueblo de la nación colombiana, que el Santo Padre Paulo VI ha asegurado oficialmente su personal participación en el próximo Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá.

Esta noticia, que nos llena a todos de íntimo regocijo y de honda satisfacción tiene que ser motivo para dedicarnos con mayor entusiasmo aún y personal entrega en la preparación intelectual y moral de tan magno acontecimiento.

Bogotá, mayo 8 de 1968.

LA VISITA DE SU SANTIDAD A BOGOTA

Queridos hijos e hijas:

Hoy tendremos por tema del discurso semanal a nuestros visitantes el anuncio del viaje que, con la ayuda de Dios, nos llevará a Bogotá, Colombia, el próximo agosto, para asistir a la clausura del Congreso Eucarístico Internacional que allí se celebrará y que será presidido, como ya ha sido anunciado, por nuestro Legado "a latere", el cardenal Larcaro; y para inaugurar inmediatamente después la Conferencia General de los Obispos de América Latina. Un viaje, como ya es nuestra costumbre, muy rápido y en avión; y muy breve, de dos o tres días. Se trata de dos grandes acontecimientos propios de la vida de la Iglesia; el honor, el primero, del "Mysterium fidei", es decir, de la Eucaristía que, reproduciendo el sacrificio redentor de Cristo, realiza su sacramental presencia y, al mismo tiempo, significa y conmemora, como nos recuerda el Concilio, la unidad de la Iglesia (cfr. Unit. redint., n. 2); en favor, el segundo, de la eficiencia jerárquica y comunitaria de la Iglesia misma en los vastos y variados territorios de la América Latina. Dos acontecimientos religiosos y eclesiales de excepcional importancia, a los cuales nos parece no puede faltar nuestra humilde, pero personal presencia, hoy, en que los modernos y prodigiosos medios de transporte lo hacen posible. Debemos también notar que las invitaciones oficiales de nuestros hermanos en el Episcopado y de nuestros hijos en la comunión de la fe y de la caridad han constreñido amablemente la tradicional reserva del Papa para no alejarse de su Sede; y que simultáneas invitaciones, reiteradas y corteses de las autoridades civiles, nos abren el camino y nos preparan la estancia en aquel país hospitalario y amigo que es Colombia. Y para decir verdad, una larga serie de países de América Latina nos han dirigido calurosas y autorizadas llamadas para una visita nuestra, con ocasión de este primer viaje de un Papa a aquel Continente; pero, por desgracia, aun sintiéndolo sinceramente y con vivo agradecimiento por la atención de tales invitaciones, no podemos, materialmente, astisfacerlas si no es tan sólo con una espiritual y reconocida adhesión.

Los caminos del mundo abiertos al ministerio del Papa

Este nuestro viaje ofrece motivo de cierto interés para los buscadores de noticias y para los observadores de acontecimientos exteriores; pero para Nos constituye un hecho singular en el acontecer histórico contemporáneo y futuro de la Iglesia; por esta razón, precisamente, lo sometemos a cierta reflexión espiritual vuestra.

La primera reflexión reproduce aquella otra suscitada por nuestras precedentes peregrinaciones: el Papa viaja. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir, ante todo. su recuperada libertad de movimientos, que puede ser registrada en el activo de sus presentes condiciones históricas y políticas; quiere decir también que la movilidad propia de las costumbres modernas se insinúa también en los hábitos más bien estáticos de la vida pontificia, no del todo extraña, sin embargo, al ritmo de las presentes fluctuaciones humanas; quiere también significar, y esto es lo que más importa, que los caminos del mundo están abiertos también al ministerio del Papa; esto es muy significativo e importante, y quizás, con el andar del tiempo, podrá producir notables cambios en el ejercicio práctico de su oficio apostólico; ya advertimos síntomas de ello en la multiplicación de las invitaciones qeu nos llegan de todas las partes del mundo, no ciertamente en beneficio de la regularidad y de la intensidad de nuestro trabajo en la sede romana. El futuro lo dirá. Pero, desde ahora, la simple hipótesis de una mayor facilidad de desplazamientos locales de la persona y de la actividad del Papa deja entrever una más intensa eventual circulación de caridad en la Iglesia, hecha posible por un fenómeno de mayor evidencia de su unidad y de su catolicidad.

Triple virtud santificadora de la Eucaristía

Pero dejemos estos sueños, o, si se quiere, presagios. Y detengamos nuestra reflexión sobre el Congreso Eucarístico Internacional en el que nos proponemos participar. No es la solemnidad exterior lo que nos atrae allí, aunque también ella tenga altísimo valor, ya por la intención cultural que la suscita, ya por la edificación global que se propone producir en la muchedumbre que participará en el Congreso. Es la afirmación del misterio eucarístico la que allí nos lleva; una afirmación que quisiera ser, en la medida de lo posible, universal y que, de todos modos, quiere consolidar fuertemente y expresar de forma inequívoca la fe de toda la Iglesia católica en la triple virtud santificadora de la Eucaristía: la memoria, que debe ser en nosotros imborrable y palpitante, de la pasión redentora de Cristo; el prodigio real de la presencia sacramental de Cristo, que vive, convive con su Iglesia, la proteje, la sostiene, la alimenta, la une a sí, la vincula, la caracteriza, la sublima, la embriaga; el preludio escatológico, por último, la promesa de la parusía y la prenda o promesa, propia de la Eucaristía, del final y fulgurante retorno de Cristo al término de la historia presente de la humanidad (cfr. nella Liturgia; o sacrum convivium, ecc.; Vonier La criave della dottrina eucaristica, p. 31).

Esto es lo que nos interesa en confirmación actual de la doctrina eucarística, doctrina capital en la Iglesia, en relación con la ineptitud, la ambigüedad, los errores de que adolece cierta parte de nuestra generación respecto al Misterio central de nuestros altares. El Congreso Eucarístico pone de nuevo sobre nuestros labios y los de cuantos se nos asociarán en nuestra profesión de fe con Pedro: "Señor, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna" (Io., 6, 69).

Finalmente, nos inteersa que esta afirmación religiosa se celebre en la América Latina que nos es tan querida; por su profesión católica, por la gran falange de sus obispos, por el despertar de caridad social que anima a los buenos católicos de aquel Continente, por las necesidades espirituales de aquellas poblaciones, por los admirables esfuerzos pastorales allí operantes hoy, por las muchedumbres de los pobres, de la gente humilde, que esperan una nueva y próvida justicia civil, por la paz y prosperidad cristiana de aquel inmenso mudo latino americano, al que va, desde ahora, nuestro saludo y nuestra bendicion.

COMUNICACIONES AL SANTO PADRE

I

DEL CARDENAL CONCHA

Santo Padre
Ciudad del Vaticano

Alborozado recibo fausta noticia oficial participación Vuestra Santidad en Congreso Eucarístico Internacional. Augusta presencia vicario de Cristo traerá inmensos beneficios católico pueblo colombiano que recibirá jubiloso Padre Supremo Pastor. Filialmente agradecido,

CARDENAL CONCHA

RESPUESTA

"A Nuestro Querido Hijo
el Cardenal Luis Concha,
Arzobispo de Bogotá.

Tuviste a bien expresaros, en unión de nuestro venerable hermano Aníbal Muñoz Duque, administrador apostólico de esa Arquidiócesis, los ardientes deseos del episcopado, clero y pueblo de Colombia de que asistésemos al próximo Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá.

El anuncio que gozosamente dimos el pasado miércoles, constituye sin duda la mejor respuesta a tan profunda aspiración, índice del amor a la Iglesia y de la adhesión a la Cátedra de San Pedro que distinguen a esa dilectísima Nación. La gratitud con que correspondemos a esos sentimientos quedará ratificada con nuestra presencia en Colombia, Dios mediante.

Al elevar constantes plegarias para que las jornadas del Congreso dejen frutos copiosos de santificación, de continuo florecimiento espiritual y de creciente bienestar cristiano, Nos complacemos en otorgar a ti, querido hijo, a nuestro venerable hermano Aníbal Muñoz Duque y a todo el Episcopado colombiano, una efusiva bendición apostólica que de corazón extendemos al clero, a las familias religiosas y a los fieles de ese católico país.

El Vaticano, 9 de mayo de 1968.

PAULUS P. P. VI".

II

DEL PRESIDENTE DOCTOR CARLOS LLERAS RESTREPO EN SEPTIEMBE DE 1967

"Carlos Lleras Restrepo, Presidente de la República de Colombia, a Su Santidad el Papa Paulo VI, Obispo de Roma; Vicario de Jesucristo; Sucesor del Príncipe de los Apóstoles; Sumo Pontífice de la Iglesia Universal; Patriarca de Occidente; Arzobispo y Metropolitano de la Provincia Romana, Soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano.

Beatísimo Padre:

La feliz circunstancia de haberse dignado Vuestra Santidad designar a Bogotá como sede del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional ha permitido al gobierno y al pueblo de Colombia abrigar la esperanza de que Vuestra Santidad considere benévolamente la posibilidad de que este magno acontecimiento religioso se vea enaltecido por la augusta presencia del Sumo Pontífice.

Como intérprete de los sentimientos de la nación, el gobierno que presido se honra en presentar este anhelo a la paternal solicitud de Vuestra Santidad en el convencimiento de que una decisión favorable colmaría las aspiraciones del católico pueblo colombiano de ofrecer al Vicario de Cristo el testimonio de su devoción más profunda.

Séame permitido renovar los sentimientos de mi respetuosa adhesión a Vuestra Santidad de quien me honro ser.

Devotísimo hijo,

CARLOS LLERAS RESTREPO

Bogotá, septiembre de 1967".

III

EN MAYO DE 1968

"Bogotá, D. E., mayo 8 de 1968
A Su Santidad Paulo VI
Ciudad del Vaticano

El pueblo y el gobierno colombianos han recibido con entusiasmo y viva satisfacción la buena nueva de que Vuestra Santidad ha decidido participar personalmente en el Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá, circunstancia que convierte ese magno certamen religioso en un acontecimiento doblemente histórico. La noticia de vuestra visita ha sido considerada como muestra de paternal afecto hacia un país orgullosamente católico y como signo de especial deferencia para con América Latina. En nombre de la nación colombiana agradezco la oportunidad que Vuestra Santidad nos ha deparado de expresaros, en lo que será una gran demostración colectiva de la fe de nuestro pueblo, la honda devoción que sentimos por el Vicario de Cristo y por lo que personalmente significáis como abanderado de la justicia social entre los hombres y entre las naciones. Devotísimo hijo,

CARLOS LLERAS RESTREPO, presidente de Colombia".

RESPUESTA AL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

"Al señor presidente de la República de Colombia, don Carlos Lleras Restrepo.

Bien nos percatamos de que el anuncio de nuestro viaje a Colombia, que Dios mediante, realizaremos para asistir a la terminación del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional y al comienzo de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, constituye la mejor respuesta a la carta con la que Vuestra Excelencia nos invitaba, en nombre del católico pueblo colombiano y en el suyo propio, a ir a esa amada Nación.

Sin embargo, no podemos dejar de agradecer directamente las amables expresiones del devoto escrito de Vuestra Excelencia, reflejo de profundos sentimientos de amor a la Iglesia que caracterizan tan noble país.

Nuestra presencia en esos solemnes acontecimientos eclesiales, nos dará la feliz oportunidad de testimoniar personalmente el entrañable afecto que reservamos a Colombia a la cual, ya desde ahora, enviamos una especial Bendición Apostólica.

El Vaticano, 9 de mayo de 1968.

PAULUS P. P. VI".

IV

AL EXCELENTISIMO SEÑOR NUNCIO

A monseñor José Paupini.

Arzobispo titular de Sebastopolis, nuestro Nuncio Apostólico en Colombia le presntamos a monseñor Paulo Mercinkus, de nuestra Secretaría de Estado y a monseñor Pascual Macchi, secretario particular nuestro, los cuales están encargados de llevaros nuestro saludo y nuestra bendición. Ellos estudiarán y acordarán las modalidades prácticas para nuestro anunciado próximo viaje a Bogotá.

Pedimos al Señor nos asista con su gracia y quedaremos agradecidos con quienes nos ayuden a dar feliz cumplimiento a nuestros propósitos. Os saludamos en Cristo y os bendecimos.

PAULUS P. P. VI".

V

DEL ADMINISTRADOR APOSTOLICO

Bogotá, D. E., mayo 8 de 1968
Beatísimo Padre
Citta Vaticana

Feliz anuncio vuestra augusta visita colma vivos anhelos episcopado presbiterio fieles todos esta nación. Agradecemos rendidamente la presencia de Cristo en la vuestra paternal; escuchamos en vuestra sabia iluminada palabra la misma palabra evangélica; nos ponemos humildemente como instrumentos en vuestras manos para la construcción de la comunidad latinoamericana. Ofreciéndoos trabajos preparación Congreso imploramos bendición apostólica.

✠ ANIBAL MUÑOZ DUQUE,
Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de Bogotá



Excmo. y Rvmo. Monseñor Aníbal Muñoz Duque, Administrador Apostólico

CARTA DEL SANTO PADRE AL ADMINISTRDOR APOSTOLICO

A Nuestro Venerable Hermano
ANIBAL MUÑOZ DUQUE
Arzobispo titular de Carina
Administrador Apostólico "sede plena" de Bogotá

Hemos recibido y apreciado las reiteradas peticiones de ser exonerado del gobierno de la arquidiócesis de Nueva Pamplona que Nos has presentado con

el deseo de verla confiada a quien pudiera seguir de cerca en modo especial al clero, a fin de incrementar la actividad pastoral de esa Arquidiócesis.

Deseamos, por tanto, hacerte llegar Nuestra palabra de merecido reconocimiento por el alto sentido de responsabilidad que ha inspirado esta decisión tuya. Tu conciencia te es seguro testimonio de haber cumplido en aquella diócesis, que has dejado, tu deber de Pastor solícito y bueno.

Digno de particular elogio es además el propósito de poder dedicarte enteramente, en calidad de Administrador Apostólico, a la compleja y delicada cura pastoral de la importante e ilustre sede metropolitana de Bogotá y satisfacer los múltiples deberes que ella lleva consigo, en vista sobre todo de la celebración del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional.

Te sostenga en este cargo Nuestra Bendición Apostólica, que con gusto te impartimos y de todo corazón hacemos extensiva a los Sacerdotes y fieles de la arquidiócesis, así como a cuantos colaboran en la preparación del próximo Congreso.

Del Vaticano, 31 de marzo de 1968.

PAULUS P.P. VI

CURIA ROMANA

DISCURSOS DEL SANTO PADRE

SOBRE EL ECUMENISMO LABOR DE AUTENTICA CARIDAD

(17 de enero)

Queridos hijos e hijas:

También Nos, en esta semana dedicada a la reflexión y a la oración por la unión de los cristianos en la única Iglesia de Cristo, os diremos unas palabras breves y modestas, sobre este problema de ecumenismo, que ha adquirido proporciones inmensas en los estudios, en las palabras, en las actividades de los católicos y de los otros hermanos. Unas palabras que brotan del interior de nuestra vida espiritual personal; una confidencia de padre a hijos, vosotros, que con esta presencia en nuestra audiencia semanal estáis demostrando serlo.

Os diremos que este movimiento ecuménico ha sido para Nos un estímulo muy fuerte y, esperamos, muy beneficioso para la caridad, virtud reina de todo el sistema moral cristiano, virtud que compendia la misión pastoral en toda la Iglesia y en toda la humanidad, según el carisma y según la misión que Cristo confió a Pedro y, por tanto, también a nosotros, indignos, pero auténticos sucesores suyos. No se crea que hablar de un aumento de caridad en el corazón del Papa es una expresión retórica o una contradicción de esa presunta plenitud de caridad, que se le exige por su oficio de "praesidens in caritate", que San Ignacio de Antioquía al comienzo del siglo II reconocía a la Iglesia de Roma. Siempre hemos meditado el hecho de que Cristo preguntara, no una, sino tres veces, a Simón Pedro, en el famoso diálogo del último capítulo del Evangelio de San Juan, si lo amaba, mejor, si lo amaba más que los demás discípulos (21, 15 aa.), como para indicar la capacidad y la necesidad de un progreso en el amor, que Le debía el Apóstol elegido para apacentar la grey del Señor. Nadie puede nunca decir que ama a Cristo suficientemente, y menos que nadie lo puede decir quien más que nadie ha sido invitado y estimulado por El, con misterioso tormento, a amarlo.

Una larga serie de distanciamiento y separaciones

Ved por qué creemos alabar al Señor al decir que nos parece crecer en la caridad estudiando y experimentando un poco el ecumenismo como nos lo ha enseñado el último Concilio. Todos saben que el ecumenismo nuestro es, ante todo, una cuestión de caridad. De caridad para con nuestros hermanos,

orgullosos del nombre cristiano y unidos a nosotros por la común generación mediante un mismo bautismo y por la profesión de algunas verdades fundamentales de la fe, pero todavía distintos y distantes por la falta de identidad completa e indispensable en la integridad de una misma fe y, por consiguiente, de la participación unitaria y perfecta en la comunión de la única Iglesia querida por Cristo.

Los orígenes de estos distanciamientos y separación, las controversias doctrinales y prácticas que de ellos se derivan, el temor de que el hábito de la convivencia y del diálogo engendrase confusión de ideas y aquiescencia a la indiferencia religiosa y otras muchas razones, acrecentaron de tal forma la vigilancia, la desconfianza, la polémica por una y otra parte, que resultaba imposible la caridad, si no en el corazón y en el deseo, ciertamente, en la manifestación práctica y en el esfuerzo de conciliación colectiva. Las posiciones respectivas de los católicos y los hermanos separados han sido por largo tiempo vigiladas más para defenderse y distinguirse que para acercarse y reconciliarse. Faltaba la caridad.

Y faltaba también, por la convicción de que la caridad no es suficiente para producir esa unión completa, que debe tener por fundamento una fe igual y una adhesión completa a la comunidad visible y orgánica que realiza plenamente el nombre de la Iglesia de Cristo. Necesaria, no por sí sola suficiente, para restaurar la unión, la caridad permanece con frecuencia todavía tímida e incierta en sus expresiones ecuménicas para con los hermanos separados, con quienes quisiéramos establecer relaciones unitarias y completas, sinceras. Pero es necesaria, decimos primordial, esencial, la caridad para poner en el buen camino la solución, siempre compleja y difícil, del problema ecuménico en el sentido que nosotros creemos único y obligado.

Por tanto, pretendemos hacer del ecumenismo conciliar un nuevo ejercicio, original y magnánimo de caridad. Palabras fáciles; en realidad, ¡qué superación de posiciones internas adquiridas y creídas normales, qué humildad, generosidad, castigo del propio egoísmo, renuncia del propio prestigio, qué fuerza de amor exige en este ejercicio! Decimos esto para nosotros; lo decimos para todos, pastores y fieles, que llevan en el corazón el acercamiento de estos hermanos separados, a quienes damos por fin el título de carísimos. Resuenan sin cesar en nuestro interior las palabras de San Pablo: "La caridad es generosa, es benigna; la caridad no es envidiosa, no actúa a escondidas; no se hincha, no es ambiciosa, no se irrita, no piensa mal, etc." (1 Cor, 13). Palabras bellas, pero fuertes; exigen una renovación de nuestra psicología y una restauración de nuestras energías morales.

El gozo sobrenatural por los extensos campos de apostolado

Ahora debemos decir que comenzamos a experimentar el gozo que lleva consigo la caridad. ¡Qué gozo levantar la mirada sobre los campos inmensos de las iglesias y sobre las comunidades cristianas separadas de nosotros y poderlas hoy contemplar, como nunca, con amor, con el nuevo amor que el Espíritu Santo infunde ahora en la humanidad que cree en Cristo; y poder decir a todos nuestros hermanos que nosotros, sí, nosotros, el Papa de Roma, los amamos, los estimamos, los bendecimos! ¡Y qué gozo ver que de todas las partes de estos campos "que ya blanquean por la mies" (Juan, 4, 35), llegan hasta nosotros mensajes de amistad, de bondad, de esperanza que hacen latir a nuestro corazón de emoción y de agradecimiento!

Caridad, caridad. ¿Es ésta tu hora? Hijos carísimos, procuremos todos ser dignos de prepararle los caminos. Oremos, amemos, trabajemos para que la caridad esté en nuestros corazones y pueda lograr el prodigio de su triunfo. Demos al ecumenismo católico la atención que merece; releamos y meditemos el último capítulo del decreto conciliar sobre el ecumenismo (Nº 24) y hagamos de él nuestro programa y que el Señor nos bendiga a todos.

A NUEVOS EMBAJADORES ANTE LA SANTA SEDE

(8 de febrero)

Señores embajadores, señor ministro plenipotenciario:

En el momento en que vuestras excelencias acaban de poner en nuestras manos las Cartas por las que la más alta autoridad de sus países respectivos les acreditan ante Nos, la conciencia de un deber y una necesidad de nuestra alma nos hace desearos a todos la más cordial bienvenida y manifestaros los sentimientos que brotan espontáneamente en nuestro corazón en estas circunstancias tan sugestivas.

Nos hubiera gustado recibir a cada uno por separado, a la usanza tradicional. Pero tened por seguro que la forma colectiva, que da esplendor y solemnidad a este encuentro, no quita carácter personal a los votos que de corazón formulamos para cada uno de vosotros, para vuestras familias y para las naciones que venís a representar ante Nos.

Encontraréis reunidas aquí, lo esperamos, todas las condiciones que os harán fácil y agradable el ejercicio de vuestro cargo. Y creemos poder aseguraros que nuestros colaboradores —como Nos mismo— tendrán a gala manifestaros siempre la mayor comprensión y prestaros todo el apoyo necesario para el feliz cumplimiento de esta misión.

Antiguos y nuevos amigos

Algunos de vosotros encuentran aquí una embajada o una delegación que mantiene desde hace largo tiempo relaciones corteses con la Santa Sede; tenemos la intención de continuar con ellos las relaciones cordiales que manteníamos con sus predecesores. Además, uno de vosotros inaugura hoy las relaciones oficiales entre su país y la Santa Sede; queremos ver en este momento histórico las primicias de un futuro rico en promesas.

La primera razón de ser de las relaciones diplomáticas es, como sabéis, la presencia en vuestras naciones de un número más o menos grande de fieles católicos, agrupados en torno a sus pastores y unidos estrechamente a la sede apostólica. Necesariamente se plantean algunos problemas referentes a la vida

y a las exigencias espirituales de estas comunidades cristianas: el ejercicio del culto, las actividades educativas, sociales y de caridad. La Iglesia, siguiendo las enseñanzas de Cristo su fundador, no desea otra cosa para sus fieles que la libertad de servir a Dios según su fe y la posibilidad de ser a los ojos de su país, ciudadanos con todos los derechos.

Instrumentos de paz

En este sentido no podemos menos que felicitarnos por la confianza que nos manifiestan vuestros gobiernos, con vuestra presencia. ¿No es signo y prueba de una convicción mutua, que todos los problemas pueden solucionarse con espíritu de paz, de comprensión, de justicia, a satisfacción de la Iglesia y en interés de vuestras patrias?

Pero si las dos comunidades, la espiritual y la temporal, tienen su objeto específico, que sería peligroso confundir, conocéis también el dinamismo que los cristianos pueden y quieren desarrollar con sus compatriotas en la promoción de su país. Estamos muy atentos a las difíciles tareas que muchos de vuestros gobiernos tienen que emprender en este campo. Algunas de vuestras naciones acaban de ascender a la independencia; nos congratulamos con ellas por esta situación, que va a poder desarrollar más libremente su propio genio, pero también medimos la gravedad de las tareas que deben asumir desde ahora por sí mismas. Extendemos nuestra mirada también, en estos momentos, a otros países que han de promover y defender su unidad superando peligrosas tensiones internas; ojalá sus diversas comunidades étnicas, una vez respetados sus derechos fundamentales, logren aceptar una armoniosa colaboración en el bien común. Deseamos, igualmente, el establecimiento de una paz tranquila entre los pueblos que todavía no han entablado relaciones satisfactorias con sus vecinos y viven oprimidos por el temor de conflictos en continuo surgimiento.

El desarrollo, una preocupación continua

Nos preocupan especialmente los países que deben afrontar de forma inmediata las trágicas dificultades del hambre, acelerar de forma urgente el desarrollo económico correspondiente con una demografía en continuo crecimiento, reformar rápidamente sus estructuras sociales y promover al mismo tiempo, en muchos casos, la alfabetización y la cultura necesarias para todo progreso social. Estos son los inmensos objetivos a que tiene que hacer frente la mayor parte de los países del catolicismo, para preparar una promoción verdaderamente humana. En esta obra grandiosa, nos gustaría ver asociado, en un espíritu de equidad y de colaboración desinteresada a todos los países de la tierra. Lo repetimos con energía: hoy el verdadero prestigio de un país, su verdadera grandeza está a nivel de esta lucha pacífica contra las condiciones inhumanas, "la miseria inmerecida" (Populorum progressio, 9, 67), de tantos hermanos nuestros. Y donde la prosperidad material parece poner ahora a los ciudadanos al abrigo de las necesidades elementales, surgen otros problemas: un acceso equitativo al bienestar para cada clase social, la renovación incesante de las industrias, la aparición de estructuras comerciales más extensas que transforman las condiciones de trabajo. Más aún hay que mantener y

fortificar el alma misma de la civilización contra la difusión peligrosa en el exceso del bienestar material: los hombres necesitan cada vez más ver claro el sentido de su propia vida y la marcha de la humanidad.

La paz, condición indispensable para el desarrollo

Si lanzamos una mirada sobre todo el mundo, nos parece que todos estos nobles objetivos no podrán realizarse más que en un clima de paz. Ha de buscarse y consolidarse por todos los medios una paz justa y duradera. Nos es grato ver cómo son más numerosos los pueblos que se encaminen hacia este ideal de una paz negociada, no impuesta por las armas. Alentamos de corazón todas las tentativas de arreglo pacífico, sugeridas por vuestros gobiernos o por las organizaciones internacionales. Pero en estos últimos tiempos, es preciso decirlo, las amenazas contra la paz, lejos de disminuír, aumentan, al paso que se agigantan los dolores causados por la guerra.

Por nuestra parte, no descansamos en las iniciativas de nuestro ministerio pastoral, de conducir a los responsables por los caminos de la paz. Nos es grato agradeceros la acogida dispensada a nuestra encíclica sobre el desarrollo de los pueblos y a nuestro mensaje al continente africano, así como últimamente a nuestra iniciativa de la Jornada Mundial de la Paz.

Las preocupaciones de vuestros gobiernos siempre tendrán aquí eco positivo

Nuestras palabras querían exhortar, ante todo, de una forma acuciante a nuestros hijos católicos, pero se dirigían también a todos los hombres de buena voluntad. Movidos por el mismo espíritu evangélico no hemos dudado, en el cuadro de nuestra misión espiritual, proponer las iniciativas, los buenos oficios que podían ayudar a la búsqueda de justas soluciones aceptables para las partes interesadas. Con ello os decimos que las preocupaciones de vuestros gobiernos encontrarán siempre entre nosotros un eco positivo. Os escucharemos con atención, gustosos de servir, en lo que podamos, a nuestros hermanos los hombres. El interés por el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres está ligado al mensaje de Cristo; a un corazón cristiano interesa que todos los hombres tengan acceso a condiciones de vida dignas de los hijos de Dios, y que vivan en paz.

Estas son, excelencias, las disposiciones con que la Iglesia pretende entablar las relaciones diplomáticas que vosotros queréis, de parte de vuestros gobiernos, mantener con nosotros. Formulamos los mejores votos para que sean felices y fructuosas. De corazón pedimos al Señor que os bendiga a vosotros y a vuestras familias, a las autoridades de vuestros países y a los pueblos que dignamente representáis aquí.

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 29 DE FEBRERO

¡Queridos hijos e hijas! Hoy, miércoles de ceniza, comienza la Cuaresma, o sea, un período dominado por la liturgia que se despliega en una gran amplitud de formas, oraciones, ritos, prácticas ascéticas y el reciente Concilio recomienda a la estimación de la Iglesia de modo muy especial (cfr. "Sacrosanctum Concilium", 109 y 110). Es lo que ahora hacemos para vosotros, queridos visitantes, recurriendo ante todo a una afirmación que tiene carácter de principio general para la vida cristiana, a saber: "La liturgia de la Iglesia contiene una enorme reserva de pedagogía humana, de orientación cristiana, de dominio de la vida; reserva que, hasta el día de hoy se ha usado muy imperfectamente" (Jungmann).

La liturgia nos enseña a vivir como hombres y como cristianos, a condición de ser comprendida y participada. Podríamos recordar el modo y la fuerza con que nos orienta hacia Dios, cómo nos une a Cristo y nos da el "sensus Ecclesiae". Podríamos ver fácilmente reflejados en la celebración de la liturgia los pensamientos que guiaron nuestros coloquios semanales sobre la Iglesia, la fe y últimamente sobre el laicado católico. La liturgia es la vida del Cuerpo Místico en acto; es evidente que no toda la vida espiritual se agota en la participación de la liturgia (cfr. "Sac. Conc.", 12), pero "constituye la primera e indispensable fuente en la que los fieles pueden beber el genuino espíritu cristiano" (Ibid., 14).

Penitencia y palabra de Dios

Y ¿cuáles son los temas de la pedagogía litúrgica cuaresmal?

Son muchos y se entretejen en un largo poema que se convierte en drama al final, en tragedia, en triunfo en la celebración del misterio pascual. Podemos, a la manera del catecismo, descubrir en la liturgia cuaresmal un primer motivo, el motivo sobre la verdadera condición del hombre; se nos presenta a contraluz, la luz de Dios, la cual, al reflejarse sobre el hombre, criatura suya, su obra maestra, revela su abatimiento, inquietud, el dualismo entre carne y espíritu, la deformación, la necesidad y al mismo tiempo la incapacidad de restauración, la infelicidad radical, es decir, el pecado, y, por lo mismo, la necesidad que tiene de ser salvado, redimido, llamado a una vida nueva. Esta triste realidad ofrece la trama de otros temas cuaresmales, ocupa un lugar primordial la oración que brota de una conciencia afligida y humillada, que sólo la esperanza en Cristo, Salvador y Mediador, libra de la desesperación, de ese cinismo y vértigo de lo absurdo y de la anarquía, que suelen ser hoy las manifestaciones de la fenomenología del espíritu moderno. Y, con la oración, la penitencia, esta expresión de una profunda amargura interna que necesita traducirse en signos externos de arrepentimiento y expiación. Sabemos cómo la disciplina del ayuno cuaresmal interpretaba con realística severidad esta necesidad de la conciencia convencida de la propia condición culpable. Ahora el ayuno, excepto el Viernes Santo (cfr. "Paenitemini", II, 3), ya no obliga pero siempre es obligatorio para todos el deber de la penitencia a que la liturgia cuaresmal tanto nos exhorta.

Sigue otro tema: la audición de la palabra de Dios, audición que sabe en un primer momento a penitencia, pero luego muy pronto nos ofrece el primer conducto de la economía de la salvación; en la palabra de Dios es donde hallamos el anuncio de la Verdad-Vida, el anuncio de la fe, el anuncio de la misericordia, el anuncio de los medios de nuestra regeneración, entre los que se encuentra el bautismo.

El bautismo, injerto en Cristo

Y de ahí otro tema dominante.

"Los elementos bautismales" son propios de la liturgia cuaresmal y penetran su catequesis, ya oral ya ritual. Evocar el bautismo equivale para nosotros a evocar que somos cristianos, cómo lo somos y por qué lo somos. Cristo aparece entonces como el foco de esta pedagogía litúrgica y no un Cristo puramente ideal y vago sino el Cristo en su doble realidad de su aparición histórica que se cierra con su Pasión y su Resurrección y en la realidad de su misión salvadora, que haciéndonos participar sacramentalmente de su vida humano-divina, nos infunde a una animación nueva, la gracia, el Espíritu Santo por el que somos vivientes y cristianos.

Esta es la visión cuaresmal. No debemos olvidarla. No debemos contentarnos con observarla desde fuera con mirada distraída y rápida. La pedagogía litúrgica —podría decirse— existencialista, tiende a hacerse realidad humana, a convertirse en personal, a atraernos a cada uno de nosotros a su fascinación saludable que nos desengaña de tantas otras fascinaciones de los sentidos y del mundo y nos lleva a vivir en la realidad de Cristo.

¿Qué haremos en la Cuaresma que se inicia hoy? Os dejamos a vosotros la respuesta, que confiamos sea la de almas conscientes y valerosas como quiere consolaros nuestra bendición apostólica.

DOCUMENTO PASTORAL DE LOS OBISPOS ITALIANOS EN EL AÑO DE LA FE

1. Introducción

Se conmemora este año el XIX Centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo. El Sumo Pontífice Paulo VI, mediante la exhortación "Petrum et Paulum apostolos", ha invitado a toda la Iglesia a conmemorar dignamente este acontecimiento estableciendo "el año de la fe".

Ha escrito el Papa: "El tiempo nos depara este aniversario apostólico para confirmar nuestra fe en su auténtico significado, para estimular el estudio de las doctrinas enunciadas por el reciente Concilio Ecuménico y para

fortalecer el esfuerzo del pensamiento católico en la búsqueda de nuevas y originales expresiones, fieles, desde luego, al depósito doctrinal de la Iglesia "eodem sensu eademque sententia" (1).

Por tanto, toda la Iglesia está invitada a escuchar religiosamente la palabra de Dios y a proclamarla con firme confianza (2).

La invitación de Paulo VI contiene "una especial exhortación a los estudiosos de la Sagrada Escritura y Teología, a que contribuyan con el magisterio jerárquico de la Iglesia a preservar la verdadera fe de todo error y a profundizar en sus insondables riquezas, explicando rectamente su contenido y proponiendo sanos criterios para su estudio y divulgación" (3).

Nosotros los obispos de Italia, adhiriéndonos plenamente a las directrices del Papa, pretendemos ofrecer a todo el pueblo de Dios, al clero y a los seglares, y de forma especial a los estudiosos de las diversas disciplinas teológicas, la contribución de algunas consideraciones sobre un tema tan importante como delicado, que pueden enunciarse en los siguientes términos: Teología y Magisterio al servicio de la palabra de Dios y del pueblo cristiano en el actual momento histórico. Recogemos de nuevo y desarrollamos una idea ya señalada por nosotros en el documento sobre el Año de la fe, publicado en la prensa el 24 de junio del año pasado, para exhortar a los católicos italianos a poner en práctica, a reavivar, a purificar, a confirmar y a confesar la fe.

La primera proposición concreta subrayada en aquel documento era ésta: "advertimos ante todo la necesidad de promover, a nivel diocesano y nacional, una más estrecha colaboración entre exégetas y teólogos y su adecuada y unívoca expresión, de conformidad con la doctrina y orientaciones del Concilio Vaticano II, continuamente confirmados e ilustrados por el supremo magisterio de la Iglesia.

Una cultura teológica sería en el clero y en el laicado, tanto a nivel de investigación como de divulgación, prudente y segura, debería ser el primer compromiso de este Aaño de la fe, buscándola con permanentes iniciativas e instituciones" (4).

Por tanto, nos proponemos exponer muy rápidamente algunas reflexiones sobre aspectos doctrinales del tema arriba indicado para sacar luego algunas directrices pastorales prácticas.

ASPECTOS DOCTRINALES

2. La palabra de Dios y el Magisterio de Cristo

La palabra de Dios es origen y fundamento de la Iglesia. Se le reconoce "tanta eficacia y poder como para ser sostén y vigor de la Iglesia, y para los hijos de la Iglesia; solidez de fe, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual" (5). Nada ni nadie puede superarla. El mismo Magisterio jerárquico "no es superior a la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que ha sido transmitido, por cuanto que, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, escucha piadosamente, custodia santamente y fielmente expone esa palabra, y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone para ser creído como revelado por Dios" (6). La

Teología es válida con la condición de que se base, como en fundamento perenne, en la palabra de Dios (7).

La palabra de Dios fundamenta y une por siempre a la Iglesia, bien porque la Palabra expresa la voluntad del Padre celestial, bien porque llegada la plenitud de los tiempos la Palabra se encarnó y el Hijo de Dios habitó entre nosotros, Cristo Jesús, el cual no fundó su Iglesia (8), sino que continuamente vive en ella, la perfecciona, la hace crecer, la anima desde dentro, la hace su cuerpo, su plenitud, para expresarnos a la manera paulina (9). Y viviendo continuamente en su Iglesia, Cristo le habla y la adoctrina siempre, en ella hace resonar continuamente las palabras sencillas de su Evangelio; todo está ligado a El, porque solamente El es la "Palabra", como lo define San Juan (10), quien dice toda la verdad. La Iglesia dejaría de ser Iglesia cuando no se dejara iluminar por el esplandor de su enseñanza. "Cristo, Verbo hecho carne, enviado como Hombre a los hombres (Epístola ad Diognetum, 7,4), habla las palabras de Dios (Juan, 3, 34) y cumple la obra de salvación que el Padre le confió" (cfr. Juan. 5, 17, 4) (11). El "realiza y completa la revelación y la confirma con un testimonio divino; Dios está con nosotros para liberarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna" (12).

Precisamente por esto el Concilio, sobre la base del testimonio bíblico, reconoce con insistencia a Cristo el título de "Luz de las gentes", luz verdadera que ilumina a todos los hombres, luz del mundo (13), Maestro único, indispensable para todos (14), dentro y fuera de la Iglesia, Verdad que se hace Camino y engendra la Vida (15). Es indudable que los Evangelios, no ignorando ni el sacerdocio de Cristo ni su poder, entre sus notas mesiánicas subrayan de forma particular su función profética y magisterial. Por ello San Mateo describirá el comienzo de la actividad pública de Cristo diciendo que "iba enseñando por toda la Galilea... y proclamando el Evangelio del Reino" (16). E inmediatamente después nos dará el ejemplo más elevado y paradigmático de esta enseñanza presentando el discurso de la montaña: "y abriendo su boca les enseñaba diciendo..." (17).

Cristo es verdaderamente el gran profeta que proclamó el reino del Padre (18). No puede haber, por tanto, magisterio en la Iglesia sin que dependa de Cristo y esté al servicio de su palabra; como tampoco puede haber realeza y sacerdocio más que como participación de su realeza y sacerdocio. Cristo no quiso guardarse la riqueza de su consagración mesiánica, sino que comunica toda la plenitud de gracia y de verdad (19) de que estaba colmado a quienes "creen en su nombre" (20).

3. La Iglesia es un pueblo profético

Por ello toda la Iglesia participa de la divinidad mesiánica de Cristo, en virtud de la cual todos los cristianos reciben la capacidad interior de representar y prolongar de alguna manera a Jesús, el Mesías, en su triple función magisterial, sacerdotal y real.

En particular el pueblo de Dios participa de la función magisterial o profética de Cristo. Y esto precisamente en virtud del acto fundamental de su "creer", que, por un lado, supone la aceptación de Cristo como maestro, y por otro lado, es el compromiso de testimoniar y proclamar esta fe ante el mundo (realizando de esta suerte, responsable y concretamente, una auténti-

ca función profética). Dice a este respecto el Concilio: "El pueblo santo de Dios participa en el oficio profético de Cristo difundiendo en todas partes su vivo testimonio, sobre todo por medio de una vida de fe y de caridad, y ofreciendo a Dios un sacrificio de alabanza, fruto de los labios que aclaman su nombre (cfr. Hebreos, 13, 15). La universalidad de los fieles, ungidos por el Espíritu Santo (cfr. 1, Juan, 2, 20-27), no puede errar en el creer, y manifiesta su propiedad mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando, desde los obispos hasta los últimos seglares (21), muestra su consenso universal en cosas de fe y de moral" (22).

Por tanto, hay una presencia especial del "Espíritu de verdad" (23) que anima a toda la Iglesia y la ilumina para que penetre cada vez más profundamente en la asimilación de la verdad revelada.

El Espíritu Santo no sólo otorga su unción con el fin de suscitar y mantener en todos el sentido de la fe, sino que da a algunos también especiales carisma de ciencia y de doctrina para un conocimiento y una asimilación más plena de la fe (24). "Y estos carismas, extraordinarios o más sencillos y comunes, dado que son adecuados y útiles a las necesidades de la Iglesia, se deben aceptar con gratitud y consuelo... Sin embargo, el juicio sobre su perennidad y sobre su empleo ordenado corresponde a la autoridad eclesiástica, a la que compete sobre todo no extinguir el Espíritu, sino examinarlo todo y quedarse con lo bueno" (cfr. 1, Tesalonicenses, 5, 12; 19-21) (25).

La Iglesia se presenta en su totalidad como un organismo viviente que crece y "se desarrolla" en el conocimiento de la verdad, recibida una vez para siempre mediante el anuncio del Evangelio, a la espera de la "manifestación gloriosa del Señor" (26) al final de los tiempos (27).

Este desarrollo se da en dos sentidos: en el sentido de un crecimiento interno, en el conocimiento cada vez más profundo de la fe hacia las metas de plenitud de la verdad, y en el sentido de una incesante confrontación y diálogo de las palabras de Dios o en las palabras del hombre y sus problemas para insertarla en el contexto vivo de las nuevas situaciones en que de continuo se encuentra la humanidad. La respuesta que el mundo espera de la Iglesia es una respuesta concreta, actual, que responda a los problemas que plantea la vida y la historia.

Este hecho, que podríamos llamar también sentido histórico de la fe, no conoce solamente itinerarios normales y situaciones sustancialmente positivas, sino también situaciones críticas, más o menos peligrosas, más o menos dependientes de culpas imputables a la responsabilidad humana.

En estos períodos de crisis, cuando la fe de muchos, especialmente de las personas cultas, necesita soluciones o formulaciones nuevas para los problemas que suscita el progreso de la ciencia y de la técnica, es cuando puede conmoverse la fe de los sencillos; tropieza con la dificultad de conciliar la inmutabilidad sustancial del dogma con las variaciones legítimas de su formulación, la fidelidad de la Iglesia a la tradición con su obligado proceso de adaptación y puesta al día. Después de un Concilio tan innovador como el Vaticano II era de esperar un momento típico de la crisis susodicha.

Precisamente en este tipo de circunstancias la función del Magisterio jerárquico se manifiesta realmente providencial.

4. El magisterio jerárquico de la Iglesia

Pues si es verdad que "la tradición" —es decir, la transmisión del depósito de la divina palabra recibida de los apóstoles— progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo; es decir, si es verdad que la Iglesia entera contribuye al crecimiento en la verdad, no hay que olvidar que sólo algunos en la Iglesia "con la sucesión episcopal han recibido un carisma cierto de verdad" (28). Por consecuencia, "el oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, escrita o transmitida, se ha confiado solamente al Magisterio vivo de la Iglesia, que ejerce su autoridad en nombre de Cristo" (29).

El magisterio jerárquico, por consiguiente, tiene la función de guiar el camino de la Iglesia en la verdad, tanto en lo que respecta al crecimiento en una más profunda penetración de la palabra de Dios como en la respuesta a las situaciones históricas concretas, que a veces pueden exigir una actitud de defensa y otras, en cambio, un inteligente esfuerzo de adaptación.

En determinados casos y en determinadas condiciones, como enseña el Concilio Vaticano I y confirma el Vaticano II (30), el Papa solo, o el Episcopado universal unido al Papa, gozan del carisma de la infalibilidad. Sin embargo, no es magisterio "auténtico" solo el infalible, como recuerdan también los mismos Concilios. Más aún, normalmente los pastores de la Iglesia no pronuncian definiciones solemnes e irrevocables; sin embargo, enseñan de continuo "autorizadamente", como guías seguros de la fe del pueblo cristiano y como testigos del mensaje evangélico. Por ello también es debido al magisterio ordinario —de suyo no infalible— el obsequio religioso de todos los creyentes.

Creemos que es suficiente recordar a este respecto cuanto afirma el Concilio Vaticano II: "Los obispos, cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice, deben ser escuchados por todos con veneración, como testigos de la verdad divina y católica, y los fieles deben aceptar el juicio de su obispo, dado en nombre de Cristo, en asuntos de fe y moral, y prestarles religioso respeto. Pero este respeto religioso de voluntad y de inteligencia se le debe de forma particular al magisterio auténtico del Romano Pontífice, aun cuando no hable "ex cathedra", de suerte que su magisterio supremo sea aceptado con reverencia, y se sigan con sinceridad las sentencias que él dicte" (31).

Hay que tener presente que también el magisterio ordinario es magisterio de pastores, los cuales son al mismo tiempo sacerdotes, maestros y rectores del pueblo de Dios. No aceptando, o contradiciendo, aunque sea en casos particulares, su función magisterial, se pone en crisis su misma autoridad pastoral en general, y de esta suerte se introducen semillas de división y de discordia en la Iglesia, que por definición es "pueblo unido al sacerdote y grey en torno a su pastor", como maravillosamente escribía San Cipriano (32). Todo obispo que está en comunión con los demás obispos, y sobre todo con el jefe del Colegio episcopal, adquiere por ello mismo valor de "signo" y de manifestación de toda la misión pastoral de la jerarquía; precisamente por esto hay que prestar siempre al magisterio auténtico, aun cuando no sea infalible, "obsequio religioso", es decir, esa veneración y adhesión que proceden de la fe y del reconocimiento del carisma de pastores, que el Espíritu Santo ha otorgado sólo a algunos, porque solamente ellos en la Iglesia encarnan la autoridad de Cristo en su plenitud.

5. La función de la teología en la Iglesia

"El obsequio religioso", sin embargo, no excluye la aportación leal por parte de quienes tengan especial luz de doctrina sagrada y de experiencia en la ulterior elaboración de los actos magisteriales no infalibles de la Iglesia. Precisamente porque se trata de magisterio auténtico no definido, sino sujeto a un perfeccionamiento secundario a ciertas orientaciones que pueden entreverse, la aportación de los peritos es sumamente útil al magisterio jerárquico; de esta suerte se realiza un esfuerzo común, en espíritu de concordia y de colaboración, para la consecución de la verdad plena.

Estos peritos son, sobre todo, los teólogos. Iluminados por la fe, aplican su inteligencia a indagar y profundizar los datos de la revelación y proponerlos así a una asimilación cada vez más consciente de quienes creen. Su misión es clarificar la fe, justificarla y defenderla, desarrollar las riquezas insondables en ella contenidas, irradiar su luz reflejándola sobre toda la realidad y sobre los acontecimientos de la historia.

Por ello la teología está intrínsecamente ligada a la maduración y a la madurez de la fe, y tienen la misma extensión de la fe, con la que deben parangonarse todas las necesidades del hombre. La teología confía ciertamente en el valor de la razón humana, la cual por lo demás es naturalmente capaz de recoger y proponer algunas verdades fundamentales sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo, que entran a formar parte de un patrimonio filosófico perennemente válido; si se negase este valor, la especulación teológica sería imposible, incluso en el acto en que comienza el acto de fe. Al mismo tiempo, teniendo la misma extensión de la fe, la teología no conoce límites; ni de temas, ni de objetos, ni de medios, ni de investigación. Puede y debe ser de todos, sin discriminación entre clérigos y laicos; puede y debe interesarse en todos los problemas que atormentan a los hombres; puede y debe valorar todos los recursos de la razón, todas las culturas y los valores genuinos y perennes de las diversas filosofías, tanto antiguas como modernas, y todas las aportaciones positivas de las ciencias.

Una inevitable consecuencia de la investigación teológica será con frecuencia el pluralismo de escuelas, de voces y expresiones distintas de una sola e idéntica fe. El justo ámbito de este derecho a la libertad y a la variedad de perspectivas en la única teología fundamental es respetado, aunque a veces no esté exento de peligros; de otra suerte se correría el riesgo de identificar fe y teología, por un lado, y por otro, teología y magisterio, cuando son realidades que, aunque ligadas entre sí, se distinguen netamente. Pues la teología, en cuanto investigación, puede también sugerir resultados erróneos; la fe, al contrario, tiene por objeto lo que la revelación nos propone en su desnuda formulación; el magisterio, a su vez, tiene la tarea oficial, que Cristo le encomendó, de tutelar el depósito de la fe y darle auténtica interprestación. El magisterio, por tanto, actúa en un plano distinto al de la teología, aunque haya de tener a la teología como instrumento indispensable y de válida ayuda.

El teólogo, realizando su trabajo de reflexión sobre la fe, convencido de que la enseñanza del magisterio es guía y norma próxima de la fe de la Iglesia, debe cooperar con él, ayudando a los fieles a comprender las palabras de los pastores, haciéndose intérprete de sus documentos y favoreciendo la profundización y difusión de la doctrina en ellos contenida; y debe prolongar la investigación entrando en campos todavía inexplorados, bien para encontrar un lenguaje que exprese de forma adecuada a la nueva sensibilidad los dogmas de siempre, bien para extender a nuevos problemas la auténtica solución cristiana. Por ello es evidente que la teología puede preparar el material sobre el que debe expresar su juicio el magisterio de la Iglesia. A todos los estudiosos de la teología hay que hacer extensivo lo que dice el Concilio Vaticano II expresamente de los exégetas: "Es tarea de los exégetas contribuir a un conocimiento más profundo y a una exposición del sentido de la Sagrada Escritura, suministrando los datos precisos, con que ha de madurar el juicio de la Iglesia" (33).

Esta función tan noble de la teología en la Iglesia exige una más estrecha colaboración entre pastores y teólogos, aunque a estos últimos no se les pueda nunca reconocer la autoridad que "el Espíritu Santo eligió obispos para regir la Iglesia de Dios" (34).

DIRECTRICES PASTORALES

6. Espíritu de comunión y de mutua confianza

Para que la Iglesia pueda avanzar siempre por los caminos de la verdad, es absolutamente necesario el espíritu de comunión entre todos sus miembros; espíritu de comunión que se traduce en respetuoso y fraterno diálogo en el interior mismo de la comunidad eclesial, como recuerda Paulo VI en la encíclica "Ecclesiam Suam".

Por ello todos deben sentirse responsables de la fe de todos: sacerdotes y seglares, teólogos y pastores, cada cual a su modo, según su oficio y sus talentos, están comprometidos en profundizar, defender, difundir y vivir las verdades de la fe. Por tanto, cada cual está obligado a respetar y a valorar el carisma o los carismas de los demás.

En particular el sagrado magisterio y la teología han de ser tenidos en gran estima y consideración en el pueblo cristiano por razón del servicio que prestan, en sus distintas funciones, a esa comunidad de fe que es la Iglesia. De esta forma se realizará cuanto desea el Concilio Vaticano II: "El pueblo de Dios, bajo la guía del sagrado magisterio, siguiendo al cual fielmente, acoge, no la palabra de los hombres, sino en realidad la palabra de Dios (cfr. 1, Tesalonicenses, 2, 3), se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida en otros tiempos a los santos (cfr. Judas, 3), con juicio recto penetra en ella más profundamente y la aplica con más plenitud en la vida" (35).

Es aún más necesaria esta viva participación de todos en la obra que desarrolla el magisterio y la teología para superar la crisis actual de pensamiento y las desviaciones que tienen sus raíces especialmente en teologías contrarias a la fe y en las profundas transformaciones de la civilización contemporánea; representa el remedio más seguro y, por consiguiente también, el más solicitado. Por ello los obispos de Italia en este providencial "Año de la fe", hacen oír su voz a todos los católicos italianos para que realicen un estudio serio y fructuoso de la doctrina del Concilio Vaticano II.

Recuerdan a los sacerdotes que la formación intelectual recibida durante sus estudios teológicos es básica, pero no suficiente; el "aggiornamento", que

es un hecho esencial de la vitalidad de la Iglesia, debe continuar durante toda su existencia. No temáis, queridos sacerdotes, a las nuevas adquisiciones del magisterio y de la teología, cuando ésta sea realemnte fiel a esa misión que hemos descrito más arriba; no os asuste el esfuerzo que os supondrá adaptar vuestra cultura teológica a la luz del Vaticano II. Cada uno de nosotros debe avanzar con la Iglesia que avanza a la conquista de la verdad. Sin embargo, no debemos olvidar que el progreso se realiza en línea de continuidad con el pasado; no podemos apelar al Concilio Vaticano II, olvidando o dejando a un lado los demás Concilios, como si todo hubiera comenzado ahora en la Iglesia.

A todos los seglares, y en especial a los que están comprometidos en los diversos campos de apostolado, debe resultar urgente la necesidad de una madurez de fe, que se haga ciencia, reflexión metódica y científica y, por consiguiente, verdadera teología (36). La teología, como arriba recordábamos, no tiene fronteras; de suyo no es ni de los clérigos ni de los seglares; es simplemente teología. Por tanto, alentamos a todas aqullas instituciones e iniciativas ya florecientes o que surjan ahora para promover e incrementar la cultura teológica del laicado. Quisiéramos, además, que cuando se habla de "teología para seglares", o se invita a los seglares a la teología, se pretendiera proponer a quienes tienen capacidad y constancia, no una teología menor y de simple divulgación; no se pueden dar estas discriminaciones en el único pueblo de Dios.

7. Responsabilidad de los teólogos italianos de hoy

Finalmente, merecen una exhortación especial los teólogos, los cultivadores especializados de la teología. Los alentamos en todas las iniciativas hasta ahora emprendidas en favor de una afirmación más perenne y original de la teología en Italia, que sea más comprensible a nuestros fieles y también que responda más a nuestros problemas reales, sin ignorar en modo alguno los valores y las contribuciones de los teólogos de todo el mundo.

Por consiguiente, tenemos derecho a esperar mucho de las asociaciones existentes o que están a punto de nacer, como la benemérita de los escrituristas, y las más recientes de los moralistas y de los teólogos dogmáticos.

En línea con el espíritu de comunión que preside estas asociaciones, todos esperan que se realice la cooperación y el diálogo profundizándose a todos los niveles: entre el clero diocesano y los religiosos, entre las diversas asociaciones en el ámbito de un trabajo común aparte del de las competencias respectivas, entre escuela y escuela. Hay que buscar la armonía también en el encuentro de escuelas y de interpretaciones diversas, en la superación de oposiciones o divergencias que a veces dan pretexto a la opinión pública para hablar de teólogos "integristas o conservadores" en oposición a los "progresistas o novadores", como si se tratase de facciones opuestas en la misma Iglesia.

El diálogo teológico debe extenderse también a todos los cultivadores de las diversas ciencias, sobre todo de las que pueden poner serios e interesantes problemas a la teología: por ejemplo, la biología, la medicina, la psicología, la antropología. En este diálogo todos ganarán, teólogos y científicos, como afirma el Concilio Vaticano II: "Quienes se dedican a la ciencia teológica en los seminarios y universidades deben esforzarse en colaborar con los hombres eminentes en las demás ciencias, poniendo en común sus fuerzas y opiniones. La investigación teológica, al paso que busca el reconocimiento profundo de

la verdad revelada, no descuide el contacto con su tiempo, para ayudar a los hombres competentes en los diversos ramos del saber, para un conocimiento más pleno de la fe. Esta colaboración contribuirá grandemente a la formación de sus ministros, que podrán presentar la doctrina de la Iglesia sobre Dios, al hombre y al mundo de la forma más apta, para que la puedan aceptar gustosos... Pero para que puedan ejercer su misión ha de reconocerse a los fieles, eclesiásticos o seglares, la libertad de indagar, pensar y manifestar con dignidad y ánimo su opinión en el campo en que son competentes" (37).

Condición fundamental para el avance de la teología es la "libertad de investigación": no puede tener ante sí supuestos prefijados, salvo los datos objetivos de la fe y las definiciones o declaraciones auténticas del magisterio, en el grado y en el nivel de certeza en que pretende proponerlas. Hay que reconocer mucho más hoy esta libertad de investigación, pues el Concilio ha declarado solemnemente que ante los crecientes problemas planteados a la conciencia cristiana las situaciones del mundo contemporáneo los sagrados pastores no siempre pueden tener una respuesta pronta y concreta para cada problema (38).

La libertad de investigación, sin embargo, no significa posesión automática o conquista segura de la verdad; ciertas hipótesis de trabajo, con el transcurso del tiempo o tras su profundización, aparecen inconsistentes. Por ello no es justo difundir en el gran público, que no siempre sabe distinguir entre opinión teológica y verdad de fe, los resultados todavía inciertos de las propias investigaciones o las propias convicciones subjetivas.

Por tanto, exhortamos a los teólogos a que no se conviertan en fáciles divulgadores de opiniones discutibles y controvertidas, que han de permanecer solamente en el ámbito de los competentes a la espera de su más maduro esclarecimiento; si es una forma de claridad y de servicio a la Iglesia el empeño del estudio y de la investigación científica, es también caridad y honradez intelectual no turbar la fe de los sencillos con meras hipótesis. Actuar de otro modo no sería un servicio a la verdad, sino a la propia vanidad.

Sin embargo, recordamos esto más que a los teólogos verdaderos y propios, a los divulgadores de la teología, predicadores, escritores de libros o revistas no especializadas, periodistas; por sensacionalismo pueden sentirse tentados de propagar las últimas novedades problemáticas, incluso complaciéndose en contraponerlas a lo que se ha creído siempre, sin señalar, sin embargo, que se trata simplemente de hipótesis privadas de algún teólogo. Exhortamos en este sentido también a los editores católicos, para que no se presten al juego del fácil comercio del material teológico más "estimulante", pero no suficientemente probado. La verdad merece que todos la sirvan con sinceridad y gran humildad.

8. Conclusión

No podemos concluír mejor nuestra reflexión sobre las funciones y responsabilidad del magisterio y de la teología en la Iglesia, que volviendo al pensamiento fundamental del que hemos partido. Toda la Iglesia y todos en la Iglesia, desde los seglares a los teólogos, incluso los pastores, somos siervos de la palabra y debemos trabajar para que el pueblo de Dios realice su vocación, tender "incesantemente en el curso de los siglos a la plenitud de la ver-

dad divina, para que en ello se cumplan las palabras de Dios" (39).

Guiada por el magisterio y servida por la teología, la fe de la Iglesia ha de consolidarse cada vez más, ha de aliarse en la sabiduría y madurar en la esperanza y en la caridad.

Viene a propósito las expresiones finales de la Constitución sobre la Divina Revelación, que ha de ser la norma fundamental de la fe de todos: "De esta suerte... "la palabra de Dios cumpla su misión y sea glorificada" (2 Tesalonicenses, 3, 1), y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, colme cada vez más el corazón de los hombres. De igual forma que crece la vida de la Iglesia con la frecuencia asidua del Misterio Eucarístico, es lícito esperar un nuevo impulso en la vida espiritual con la mayor veneración a la palabra de Dios, que permanece para siempre" (40).

Juan, Cardenal URBANI,
Patriarca de Venecia,
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana.

Roma, 16 de enero de 1968.

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 14 DE MARZO

¡Queridos hijos e hijas! Saludamos a nuestros visitantes, y especialmente a los grupos juveniles, con una pregunta: ¿Qué impresión interna os causa vuestra reunión en esta basílica? No queremos ahora llamar vuestra atención sobre la impresión estética, que puede surgir en cada uno de vosotros ante la visión de esta iglesia monumental, de la que irradia un lenguaje singular y no siempre fácil de arte y de historia, sino más bien sobre el sentido subjetivo de la relación existente entre vosotros y este templo, o sea, os preguntamos: ¿Os sentís aquí como forasteros o extraños, como turistas que visitan un museo interesante, pero ajeno a vuestra vida, u os sentís aquí como en vuestra

(1) Exhortación "Petrum et Paulum Apostolos", 22 de febrero de 1967; A. A. S. 1967, pág. 199. — (2) Cfr. "Dei Verbum", 1. — (3) "Petrum et Paulum Apostolos": A. A. S. 1967, pág. 200. — (4) Cfr. "L'Osservatore Romano", 25 de junio de 1967, pág. 3. — (5) "Dei Verbum", 21. — (6) Ib., 10. — (7) Cfr. "Dei Verbum", 24. — (8) Cfr. Matth., 16, 18. — (9) Cfr. Eph., 1, 23. — (10) Cfr. Io., 1, 1-18. — (11) "Dei Verbum", 4. — (12) Ibidem. — (13) Cfr. Io., 8, 12: 9, 5: 12, 46. — (14) Cfr. Matth., 23, 8-10. — (15) Cfr. Io., 14, 6. — (16) Matth., 4, 23. — (17) Matth., 5, 2. — (18) Cfr. "Lumen gentium", 35. — (19) Io., 1, 14. — (20) Io., 1, 12. — (21) San Agustín, "De Praed. Sanct", 4, 27; P. L. 44, 980. — (22) "Lumen gentium", 12. — (23) Io., 14, 17; 15, 26. — (24) Cfr. Eph., 4, 11-12; 1 Cor., 12, 4. — (25) "Lumen gentium", 12. — (26) Cfr. 1 Tim., 6, 14; Tit., 2 23. — (27) Cfr. "Dei Verbum", 4-5 e 8. — (28) "Dei Verbum", 8. —(29) Ib., 10. — (30) "Lumen gentium", 25. — (31) "Lumen gentium", 25. — (32) Epist. 69. — (33) "Dei Verbum", 12. — (34) Act. 20, 28. — (35) "Lumen gentium", 12. — (36) Cfr. "Apostolicum actuositatem", 29. — (37) "Gaudium et spes", 62. — (38) Cfr. "Gaudium et spes", 43. — (39) "Dei Verbum", 8. — (40) "Dei Verbum", 26.

casa, como si esta basílica fuese precisamente construida para vosotros, para acogeros, para hablaros, para exaltar vuestros seguros sentimientos de fe, piedad y unidad? Y traslademos esta pregunta, que aquí se presenta con mayor claridad que en otra parte, a la Iglesia en general, a la sociedad religiosa de los creyentes y orantes que precisamente llamamos Iglesia: ¿Cómo os sentís con relación a ella? Si estáis bautizados, si sois católicos —ya lo sabéis— pertenecéis a la Iglesia, sois miembros de esta sociedad religiosa, visible y espiritual a la vez, que forma el "cuerpo místico" de Cristo. Pues bien, dejadnos insistir en nuestra pregunta: ¿Cuál es vuestra conciencia respecto a la Iglesia?

Conocer a la Iglesia

¿Es fácil responder a esta pregunta? No lo es, porque, si interrogáis a vuestra conciencia sobre la idea que os forjáis de la Iglesia, al punto véis dificultades por el hecho de que la Iglesia se presenta revestida de imágenes, de formas, de signos poco comprensibles: sus ritos, sus hábitos, sus palabras, sus ministros, sus formas de vida ¿qué significan? Se diría que la Iglesia habla un lenguaje incomprensible. Se ve, se oye, pero sin comprender y, por tanto, sin interés concreto. Es una impresión de extrañeza la que la Iglesia presenta de sí misma a la gente de nuestro tiempo o se la considera como un mundo hecho para escasos iniciados, que excluye —como el antiguo templo pagano: "odi profanum vulgus et arceo", detesto al vulgo profano y me aparto de él— a la común gente y sobre todo a la juventud, que persigue toda ella otros objetivos interesantes muy comprensibles y atrayentes. La Iglesia —se afirma—, ¿a quién interesa? Es un terreno cerrado para la mentalidad de nuestro tiempo. Y, ¿acaso este sentimiento de extrañeza no va acompañado fácilmente de un sentimiento de desconfianza, de hostilidad, de antipatía o por lo menos de indiferencia? ¡Es tan fácil la mentalidad laica que se desentiende de cualquier compromiso con grendes problemas positivos, religiosos y morales! Es más fácil y cómodo no creer que creer.

Visión trascendente

Pues bien, la visita que hacéis a esta basílica, imagen de la Iglesia y al que os acoge, el Papa, os invita y ayuda a pensar. Sí, es verdad que todo lo que aquí se ve no se comprende fácilmente; es difícil, si queréis. Pero también es verdad que todo lo que aquí se ve tiene un significado; todo es signo, todo es símbolo, todo habla, todo impulsa a remontarse a una zona suprasensible en la que se necesita comprensión para llegar. Esta observación bastaría ya para suscitar en vuestros espíritus —me refiero especialmente a vosotros, estudiantes alumnos y atletas del pensamiento— un poco de respeto y de simpatía. Aquí hay mucho que descubrir y mucho que pensar y, si queréis ser inteligentes, deberéis deciros a vosotros mismos que la Iglesia, ya esta construcción, ya el misterioso edificio espiritual que es, es una gran invitación, un gran estímulo para pensar, comprender, superar los límites de la experiencia sensible y científica, para estimular la razón a superiores conquistas que sólo la palabra revelada de Dios y la fe correspondiente pueden alcanzarla. El primer grado de la conciencia eclesial no aleja, pues, la mentalidad moder-

na, si ésta se caracteriza por el desarrollo de la inteligencia humana sino que le sale al encuentro e impulsa hacia metas muy dignas de ella.

Identificarse con la Iglesia

Hay otros grados que descubre el escenario sensible y espiritual que nos circunda, a los que podemos acercarnos fácilmente, con tal de prestar atención: por ejemplo, ¿para quién se ha hecho todo cuanto contemplo aquí? ¿Para quién está presente? Cada uno puede responder tranquilamente: para mí. Sí, cada uno en la Iglesia —siempre pasamos del significado sensible de la Iglesia— construcción material —al espiritual de Iglesia-sociedad de los creyentes—, cada uno en la Iglesia es objeto de amor. Quien entra en la Iglesia entra en una atmósfera de amor. Nadie diga: Yo aquí forastero. Cada cual diga: Esta casa es mía. ¿Estoy en la Iglesia? Estoy en caridad. Aquí soy amado, porque soy esperado, acogido, respetado, instruído, curado, dispuesto para el encuentro que todo vale, para el encuentro con Cristo, camino, verdad y vida. Para encontrar verdaderamente a Cristo es necesaria la Iglesia. Y si vuestra atención se hace más tensa, tal vez oiréis que se pronuncia vuestro nombre; sí, aquí se pronuncia vuestro nombre personal porque la Iglesia es el ambiente en el cual Cristo mantiene un diálogo silencioso pero inconfundible con sus seguidores verdaderos. La Iglesia es el redil de Cristo, en el que El, buen Pastor —como le llama el Evangelio— hace oír su voz. La Iglesia es el auditorio de Cristo. Todo fiel puede percibir aquí el sentido y el valor de la propia existencia; puede sentirse llamado a dar a su vida una misión propia, un destino humano y sobrehumano a la vez.

Aquí terminamos este sencillo discurso, pero no sin responder a la pregunta que, al principio, os hicimos: la impresión que debéis llevaros de esta audiencia es la de haber llegado a un punto de perspectiva entre los más afortunados para contemplar el panorama de la vida y encontrar a Aquel que la ilumina toda, Cristo, Señor.

En cuyo nombre, de corazón, hijos carísimos, os bendecimos.

A LOS CULTIVADORES DIRECTOS DE ITALIA

(27 de marzo)

Vaya nuestro saludo a vosotros, dirigentes nacionales, provinciales y diocesanos, seglares y eclesiásticos, de la Confederación Nacional de Cultivadores Directos; en primer lugar al benemérito Pablo Bonomi. Pocos hombres han trabajado sobre la escena de la vida pública italiana, desde el final de la guerra hasta hoy, en nuestro país, con igual tenacidad, con igual entrega y con igual clarividencia de los problemas reales, tanto en el campo social y en el económico como en el administrativo, como el honorable Pablo Bonomi, que, venciendo las condiciones de la adversa salud personal, y penetrando

con el estudio y con la acción en las necesidades de las clases rurales, ha sabido imprimir a la Confederación Nacional de Cultivadores Directos conciencia unitaria y laboriosa que hace de ella una de las expresiones mejores y características del renacimiento moderno de la vida nacional.

Elogios al XX Congreso Nacional

Debemos también un elogio a sus valientes colaboradores, y entre éstos, vaya nuestro aliento a monseñor Juan B'Ascenzi, y a cuantos se preocupan de la suerte espiritual y vital de la misma Confederación.

Nuestro saludo a vosotros, hombres, mujeres, jóvenes de la querida organización, venidos a Roma para tomar parte en el XX Congreso Nacional.

Nuestro saludo a vosotros, hombres todos de los campos, trabajadores de la tierra, gente robusta, capaz, fiel, modesta, generosa de las campiñas de Italia, bien representada por los quince mil aquí presentes llegados a nuestra casa para traer al Papa la expresión de la fe y del amor de toda clase de los cultivadores directos.

Nuestro saludo a vosotros; un saludo abierto, cordial, conmovido; un saludo afectuoso, como de un padre a sus hijos, un saludo que no tiene necesidad de preámbulos para deciros nuestro afecto, ni espera vuestras palabras que, sin embargo, tornan un coro unánime de voces poderosas, para comprender los sentimientos que se agitan en este momento en vuestros corazones.

Vosotros conocéis con qué animo, con qué confianza, con qué esperanza la Iglesia os mira; vosotros recordáis con qué acentos se dirigieron a vosotros nuestros predecesores para deciros, mediante repetidos discursos y en documentos escritos, el pensamiento del magisterio pontificio sobre vuestra particular y tan benemérita clase de vida, como sobre los graves problemas que la angustian y sitúan a toda la sociedad frente a concretas responsabilidades. Nosotros mismos, en diversas ocasiones, no hemos dejado de hacernos eco de aquellas voces, tejiendo en diversas ocasiones las alabanzas de vuestra existencia, tan parca, tan laboriosa, tan próxima a Dios en el ordenado repetirse de los ciclos anuales que ponen cada año ante vuestros ojos el milagro grandioso de la naturaleza que, todavía fiel al mandamiento primigenio de Dios, hace florecer la tierra en mil formas de vida; reinteradamente os hemos exhortado a enriquecer cada vez más esa vuestra existencia, con el duro trabajo a ella inherente, a especializarla cada vez más, a ponerla a tono con las renovadas exigencias de la moderna fertilidad, regulada por precisas normas técnicas y competitivas.

No queremos hoy repetir lo mismo, tanto más cuanto que pesan los que este XX Congreso debe responder a vuestras expectativas, descendiendo a las aplicaciones incluso particulares de todos los problemas que os atañen. Al desear al Congreso mismo una riquísima contribución de orientaciones técnicas y de sugerencias prácticas, especialmente útiles a vuestra actividad, queremos subrayar cuanto ya os dijimos en otras circunstancias, pero que la situación de hoy hace cada vez más urgente y actuales; es decir, la necesidad de desarrollar en vosotros, de un lado, el espíritu de iniciativas, a fin de que vuestra productividad no conozca retraso o retroceso, sino que sepa imponerse por modernidad de método y agilidad de organización para hacer frente a las exigencias de un mundo en rápida transformación; a este propósito alentamos

sobre todo a los jóvenes, especialmente a los de vuestros clubs de la tres "pes": probar, producir, progresar, a cuyos jóvenes corresponde empeñarse a fondo con inventiva y valor, y de los que tanto se debe esperar, tanto en el trabajo de los campos como, por lo demás, en cualquier otro sector —pero aquí, diremos, en grado ciertamente mayor y más conforme con la personalidad humana, que no en otros sistemas industriales— donde la agilidad humana a menudo tiene que adaptarse al anonimato y a la monotonía de gestos siempre iguales.

De otra parte, es necesario desarrollar y organizar el espíritu asociativo, superando las barreras de la desconfianza y del aislamiento que hoy no tiene ya razón de ser, si se quiere no permanecer al margen. Es esto, precisamente, lo que queremos augurar a los Cultivadores Directos: sabemos de la Constitución de "Grupos de Cultivadores de Desarrollo", destinados especialmente a los adultos. Está bien: no quedar al margen, sino insertarse cada vez más conscientemente en el concierto de la economía nacional y supranacional, colaborando con genuino espíritu comunitario y con formas asociativas varias para la valorización del trabajo en el campo y de sus nobilísimos productos.

Nos os acompañamos con nuestra oración en todos los problemas que trataréis en estos días, invocando sobre vosotros, sobre vuestras familias, sobre vuestra juventud, sobre vuestros ancianos, los dones continuos del Señor y de la Santa Familia de Nazaret.

Vuestra presencia en Roma este Aaño de Fe adquiere, además, un valor muy particular y hace del Congreso de Cultivadores Directos no un mero encuentro organizativo, ni tan siquiera una simple parada exterior, sino que le da un preciso significado también espiritual, es decir, la confirmación voluntariosa y alegre de aquella fe cristiana, esclarecida y profunda, que es todavía patrimonio envidiable de la gente del campo y que forma su nobleza más alta y más digna. Vuestra fe, queridos hijos e hijas, sea la luz que os oriente y os consuele incluso en los aspectos contingentes y prácticos de vuestra actividad y la paz, la alegría y la bendición del Señor estará siempre con vosotros.

EN EL ANIVERSARIO DE LA "POPULORUM PROGRESSIO"

(27 de marzo)

Queridos hijos e hijas:

Vuestra visita nos encuentra preocupado por un pensamiento que creemos deber comunicaros como un padre a sus hijos. Hace un año (el aniversario exacto era ayer, 26 de marzo) que publicamos la carta encíclica que por sus palabras iniciales se titula "Populorum progressio", dirigida a la Iglesia y al mundo para atraer la atención de todos los pueblos a la necesidad del progreso, despertar que parece descubrir una ley general de la humanidad, la de

ser más, de tener más, de gozar más de los bienes que la vida y el mundo ponen a disposición del hombre. Esta idea de "progreso" no era nueva para las naciones ya civilizadas y desarrolladas, hasta el punto de constituír una de aquellas fórmulas mágicas y místicas con que el hombre moderno se complacía y exaltaba como si fuera una religión, una suprema concepción de los tiempos nuevos.

La legítima aspiración de los pueblos

Pero cuando la idea de progreso entró en la psicología de las poblaciones paralizadas en sus formas primitivas o imperfectas de civilización, es decir, privadas de los prodigiosos recursos económicos y sociales que derivan de los descubrimientos científicos (pensad, por ejemplo, en la electricidad), y de la aplicación de los recursos de la naturaleza a la máquina y a los poderosos instrumentos auxiliares del trabajo humano que multiplican prodigiosamente su rendimiento, disminuyendo a la vez la fatiga, una inquietud enorme levantó y levanta a estas poblaciones, suscitando en ellas el deseo, la necesidad, el derecho a pasar del nivel modesto y muchas veces miserable de su vida a un nivel más alto, más rico, más digno, más humano. Esta aspiración sigue todavía plenamente vigente; fermenta en la mayor parte de la humanidad, produciendo los múltiples efectos que todos conocemos: el esfuerzo hacia la independencia, primero política, después económica y cultural, poniendo en evidencia condiciones a veces tristísimas de estos pueblos nuevos: el hambre, la enfermedad, la ignorancia, la incapacidad para transformarse en algo mejor con sus propias fuerzas, y, cansados como están de toda explotación colonialista, no reconocen a veces ni siquiera las ventajas que les trajo la época colonial, y miden así su inferioridad en relación con los pueblos que más han progresado, con sentimientos de rebeldía para toda forma de tutela por parte de los pueblos ricos y de hostilidad a aquel mismo bienestar que, si lo reciben de fuera, es gozado sólo por unos pocos, sean extranjeros o indígenas, para ventaja exclusiva suya.

Mal nuevo antes inadvertido

Lágrimas y cólera caracterizan en la mayor parte de los casos la psicología de estos pueblos jóvenes, que sufren de un mal nuevo antes inadvertido, hoy intolerable, al darse cuenta de las desigualdades económicas y civiles que les separan y les humillan en relación con los pueblos que gozan de bienestar.

Es un problema crucial y mundial que transfiere la famosa cuestión social desde el interior de cada una de las sociedades, a dimensiones internacionales, a la humanidad entera; y si la justicia social (que promueve la transformación de las clases componentes de una sociedad hacia una más justa distribución de la riqueza y de la cultura, de modo que a ninguno le falte lo suficiente para vivir como hombre y a ninguno le sea concebido un exagerado y egoísta goce de los bienes temporales mientras haya otros penosamente privados de ellos) se aplica en el plano de las relaciones entre nación y nación, se comprende la vastedad y la importancia de los problemas suscitados por el progreso moderno desde el momento en que todos los pueblos tienen su noción, y con la noción la pretensión, por tantos capítulos legítima, de participar en él.

Dimensión internacional de graves problemas

¿Puede la Iglesia desinteresarse de este gigantesco aspecto de la vida humana contemporánea? Ciertamente, la Iglesia no está fundada para ocuparse de la solución técnica de estos problemas; queremos decir de los problemas económicos y políticos que tocan al acceso de los pueblos en vías de desarrollo al nivel de suficiencia y de dignidad que les corresponde; pero estos mismos problemas derivan su fuerza lógica y humana de una concepción de la vida que sólo la religión suministra. Así es; es la religión, y la cristiana entre todas, la que ve en el progreso humano una intención divina: Dios ha creado al hombre para que fuera señor de la tierra y la tierra se ordenara en beneficio de todos. Es la religión la que ofrece fundamentos de justicia a las reivindicaciones de los pobres cuando recuerda que todos los hombres son hijos de un mismo Padre celestial, y por eso hermanos. Es la religión la única que puede recordar al rico que es administrador y no dueño despótico de sus bienes, cuyos frutos deben, de manera equitativa, servir para provecho de quienes tienen necesidad de ellos. Es la religión católica, la nuestra, la que establece la ley suprema de la caridad, de ojos clarividentes para los males y las necesidades del prójimo, que empuja con el suave y libre imperio del amor al socorro de los demás; y es la religión de Cristo, cuyo principio y fin en este mundo son el orden, el equilibrio, la concordia de los hombres, la que recuerda que el desarrollo de los pueblos es el nombre actual de la paz.

Justicia, comprensión y paz

¿Podríamos Nos callar estando así las cosas? No podíamos. Y por eso hablamos. A algunos les pareció que nuestra palabra era áspera y no justificada hacia aquellos sistemas económicos que de por sí no tienden a crear condiciones paritarias entre los hombres, favoreciendo a los unos y obligando a los otros a sufrir una perpetua condición de inferioridad; pero no es ciertamente intención nuestra desconocer los términos naturales de los procesos económicos ni ofender a aquellos que son sus promotores, en el caso de que una visión no parcial, no egoísta, sino global y humana, encuadre tales procesos en las exigencias del bien común.

También pareció a otros que, al denunciar Nos, en el nombre de Dios, las gravísimas necesidades que sufre tanta parte de la humanidad, abríamos el camino a la llamada teología de la revolución y de la violencia. Lejos está de nuestro pensamiento y de nuestra lengua semejante aberración. Cosa bien diversa es la positiva, animosa y enérgica actividad necesaria en muchos casos para instaurar nuevas formas de progreso social y económico.

También pareció a muchos, y tal vez a alguno de los oyentes, que una cuestión tan compleja y gigantesca como es la de la recta y decidida promoción del progreso de los pueblos se salía fuera del interés de los individuos particulares, de la iniciativa privada y de la de los cuerpos intermedios. Y esto es verdad: esta es cuestión de quienes gobiernan la suerte de la política general y de las relaciones internacionales; sin embargo, puede y debe interesar la atención de todos, debe ser objeto de opinión pública, debe entrar en la mentalidad de todos, debe ser problema de conciencia para todo cristiano. Las modernas comunicaciones han convertido en prójimos nuestros hasta a los más lejanos, y donde haya hambre, miseria, impotencia para vivir como hombres libres y dignos, allí es invocada nuestra caridad.

Cuando favorecéis a las misiones, cuando acudís en socorro del hambre del mundo, cuando sostenéis las obras que promueven la alfabetización, etc., respondéis a la vocación de esta caridad universal que mira al justo progreso de los pueblos.

Hemos querido recordaros este gran tema, en que la Iglesia está empeñada y al que atiende con inteligente y fervorosa actividad nuestra Comisión posconciliar Iustitia et Pax (algunos de cuyos animosos dirigentes están presentes aquí), para que sepáis cómo palpita hoy el corazón de la Iglesia, y si el vuestro late al unísono con el suyo tenéis asegurada nuestra bendición apostólica.

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 3 DE ABRIL

Queridos hijos e hijas:

En primer lugar, a vosotros, queridos estudiantes que hoy ocupáis los primeros puestos de esta gran audiencia, se dirige nuestro pensamiento, que tendría muchas cosas que deciros, y nuestra palabra, que por otra parte quiere ser sencilla y breve, pero importante para vuestra formación intelectual como para la de todos nuestros oyentes.

Os haremos una pregunta: Habéis comprendido el significado del nombre simbólico de Pedro, que Jesús dio a su principal discípulo, Simón, hijo de Juan: "Yo te digo que te llamarás Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mateo, 16, 18), es decir, la sociedad de aquellos que creen en mí y se reúnen en mi nombre, fundamentados sobre tí? Es evidente el concepto que Jesús quería expresar, aunque mirándolo bien sea complejo y profundo; se trata del concepto de la solidez, de la fijeza, de la permanencia, digámoslo también, de la inmovilidad. Jesús, al dar a Simón, hijo de Juan —hombre bueno, pero, en lo que conocemos de él, entusiasta y mudable, generoso y tímido—, el título, más aún, el don, el carisma de la fuerza, de la dureza, de la capacidad de resistir y sostener, como es precisamente la naturaleza de una piedra, de una roca, de un peñasco, asociaba el mensaje de su palabra a la virtud nueva y prodigiosa de este apóstol, que había de tener la función, él y quien le sucediera legítimamente, de testimoniar con incomparable seguridad ese mismo mensaje que llamamos Evangelio.

La voluble inestabilidad de la cultura moderna

Pensadlo bien. Nos encontramos ahora sobre la tumba de Simón, que después fue Pedro. Recordamos y experimentamos la verdad de la palabra fundadora de Jesús: aquí esa piedra (también imagen procedente de aquella

otra piedra, la piedra angular, centro, base, fuerza de todo el cristianismo, que es el mismo Cristo), esa piedra, decimos, está todavía firme, sólida, segura. Es un prodigio histórico, psicológico, teológico maravilloso. Es una prueba, que podríamos llamar experimental, de otra palabra profética y solemne de Jesús: "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mateo, 24, 35). Y este factor singular tiene una particular importancia, precisamente para vosotros, carísimos hijos, que, como estudiantes, y todos vosotros como estudiosos en el aspecto pedagógico e ideológico, sois buscadores de la verdad. ¿Qué es el estudio sino la búsqueda de muchas, bellas y maravillosas verdades? ¿Pero, qué os dice el pensamiento moderno a este respecto, sin dejar a un lado el pensamiento científico? Os dice que la verdad no es inmóvil, no es definitiva, no es segura; tanto es así que hoy se define a la escuela más como búsqueda de verdad que como posesión y conquista de la verdad. En efecto, todo cambia, todo avanza, todo se transforma; el pensamiento humano se caracteriza por su movimiento, por su proceso histórico, por el llamado historicismo, erigido en sistema hasta hacer del tiempo el engendrador y devorador de las verdades que la escuela va, poco a poco, enseñando; la "cronolatría" domina la cultura, con el resultado de que ya no hay nada quieto, nada estable, nada digno de ser aceptado y creído como valor en lo que se pueda confiar la orientación y el sentido de la vida.

Una genuina enseñanza religiosa

Este fenómeno invade también el campo religioso, que muchos quisieran someter a una revisión radical, intentando despejarlo de aquellos dogmas, es decir, de aquellas enseñanzas, que parecen anticuadas y superadas por el progreso científico, y que son incomprensibles para el pensamiento moderno. Con el propósito de dar a la religión católica una expresión más conforme con el lenguaje habitual y la mentalidad de hoy, es decir, de adaptar la enseñanza religiosa, por desgracia se trastrueca con frecuencia su íntima realidad y se trata de hacerlo "comprensible" cambiando primeramente las fórmulas con que la Iglesia-maestra lo ha revestido y como sellado para hacerle abarcar los siglos, conservando celosamente su identidad, y alterando luego el contenido de la doctrina tradicional, sometiéndola a la ley dominante del historicismo transformador. De esta suerte, la palabra de Cristo no es ya verdad, que no cambia y que permanece siempre idéntica e igual a sí misma, siempre viva, siempre luminosa, siempre fecunda, aunque con frecuencia sea superior a nuestra comprensión racional; sino que se reduce a una verdad parcial, como las demás, que la mente mide y modela dentro de sus confines, dispuesta, en la siguiente generación, a darle otra expresión, de acuerdo con un libre examen que la despoja de toda objetiva y trascendente autoridad.

Se dirá que el Concilio ha iniciado y autorizado este modo de tratar la doctrina tradicional. Nada más falso, si queremos remitirnos a las palabras magistrales del Papa Juan, nuestro venerado predecesor, inventor, si es que así podemos llamarlo, de ese "aggiornamento", en nombre del cual no pocos se atreven a someter el dogma católico a peligrosas, y a veces despreocupadas, interpretaciones y deformaciones. El Papa Juan, en su famoso discurso de apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II, proclamó que el Concilio mismo tenía que reafirmar toda la doctrina católica "nulla parte inde detracta", sin

tocar a ninguna de sus partes, aunque hubiera que buscar el modo mejor y más acorde con la madurez de los estudios modernos para darle una expresión nueva más adecuada y profunda (cfr. Acta Apostólica Sdis. 1963. 791-792). Por tanto, la fidelidad al Concilio nos exhorta por un lado a un estudio nuevo y sagaz de las verdades de la fe, y por otros nos lleva a ese unívoco, perenne y consolador testimonio de Pedro, que Jesús quiso fuera su voz infalible en el seno mismo de su Iglesia, como garantía de la estabilidad de la fe y casi como desafío contra la versatilidad arbitraria y demoledora del tiempo.

HOMILIA EL DOMINGO DE RAMOS

(7 de abril)

Nuestra palabra se dirige ahora especialmente a los jóvenes para saludaros, para agraceceros vuestra presencia en esta celebración, que tiene particular interés para vosotros porque es natural que en la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén los jóvenes fueran los primeros, los "pueri hebreorum", como canta hoy la liturgia, en mostrar su entusiasmo y contagiarlo con gritos y gestos festivos. Vosotros conocéis el hecho evangélico que ahora conmemoramos: es el reconocimiento público y popular de Jesús como el Cristo, como Mesías, como enviado de Dios; como aquel en cuya persona se cumplían las esperanzas seculares del pueblo hebreo; el que daba cumplimiento con su misión a las profecías y que inauguraba la era de la salvación y de la gloria para su pueblo y para el mundo, es decir, el Reino de Dios. Dos circunstancias merecen ser destacadas: la gran afluencia de gente en Jerusalén por la proximidad de la Pascua hebrea, que atraía a la ciudad, centro y símbolo de los destinos de Israel, peregrinos de toda la Palestina y a muchos otros aun desde lugares remotos; y, en segundo lugar, la animosidad de los jefes judíos, que había llegado a un punto extremo y estaba decidida a todo, incluso a la muerte como de hecho aconteció, del joven e insoportable Profeta de Galilea.

Entrada triunfal de Cristo en Jerusalén

Jesús que siempre rehusó toda señal de honor, esta vez no se opuso a la exaltación pública, sino que El mismo preparó el encuentro con la multitud que lo aclamaba, en la forma humilde que recordáis, montado en un asnillo, que, aunque era modesto, mostraba públicamente al Maestro misterioso, al cual las aclamaciones del pueblo especialmente de los jóvenes y de los muchachos, tributaban el título más alto que la historia y la psicología del Israel de aquel tiempo podían dar a un hombre, enalteciéndolo como al hijo de David, como al mensajero de los destinos del pueblo escogido, como al enviado de Dios para realizar la misión teocrática de aquel pueblo orgulloso e infeliz, que vivía y se estremecía con sus esperanzas. Ramos de palmas y de olivo tremolaban para dar a aquella hora fatídica un aspecto festivo. En suma, un

triunfo humilde que quería ser como la chispa del incendio mesiánico que estaba a punto de empezar. Manifestación exterior, improvisada y superficial, pero que revelaba algo irreprimible y hacía pensar en cierta conmoción profunda que se avecinaba. El mismo Jesús lo dejó entrever y quiso que la explosión del entusiasmo popular no fuera impedida, y aun quiso mostrar que aquella hora estaba llena de un misterioso significado cuando, al llegar junto a los robustos muros de la Ciudad Santa, comenzó a llorar, profetizando su próxima ruina. Pero, antes, la desgracia se iba a abatir sobre El dentro de pocos días, sobre Jesús, que sabía muy bien que le aguardaba el suplicio de la cruz.

Cristo llama a los jóvenes de hoy

Detengamos ahora nuestra atención sobre este acontecimiento: Jesús, reconocido y aclamado como Mesías, como el Cristo por su pueblo, y de una manera especial por las voces y los vítores de los jóvenes. El acontecimiento se repite hoy en la celebración litúrgica. Vosotros, jóvenes, sois en este momento, junto con la comunidad de los fieles, los heraldos de Cristo. Perpetuáis en nuestro tiempo, en nuestro ambiente, el momento de gloria de la realeza mesiánica del Señor Jesús. Renováis el acto de fe en su persona y en su misión. Lo reconocéis como Maestro de la humanidad, lo proclamáis Profeta de los destinos del mundo, lo declaráis Rey Divino, en el cual se centra la suerte de todo hombre y en torno al cual se forma el designio total de la historia. Jesús es la verdad de la existencia humana, más aún, El mismo es la Vida, el principio de nuestra salvación, presente y futura.

¿Nos escucháis, queridos hijos? ¿Nos comprendéis? ¿Os parace lejana nuestra voz? ¿Os suena a extraña e incomprensible? En este momento tenemos una preocupación, albergamos un temor en el corazón: El de que nuestra voz sea la nuestra, es decir, la voz que repite cosas pasadas y que ahora se con- en el viaje de la vida, una voz que repite cosas pasadas y que ahora se consideran inútiles; voz privada de aquel aliento profético en el que no se oiga nuestra voz, sino el eco fiel de la voz viva y perenne de Cristo.

Os invitamos a aclamar a Jesús y a proclamarlo el Cristo, el Señor de la humanidad, el Salvador del mundo. Al escuchar nuestra invitación, ¿tenéis miedo a perder vuestra libertad que hoy defendéis con un celo vigilante? ¿Teméis que, si el mensaje de Cristo sorprende vuestra disponibilidad, imponga, como por sorpresa, sobre vuestras espaldas una cruz incomprensible e intolerable? ¿Teméis que, si la voz encantadora de Jesús penetra en el interior de vuestras conciencias, apague de un soplo la llama del amor y os deje solos y perdidos en la búsqueda del diálogo perdido con la amistad y con la sociedad?

La verdadera libertad

Prestad atención, hijos carísimos, y daos cuenta que lo que os pedimos, la aclamación a Cristo, en el mismo momento que proclama su gloria se convierte en vuestra riqueza, en vuestra felicidad. ¿Por qué vais a proclamar vosotros a Jesucristo? Porque El es nuestro Salvador; nuestro liberador, el que nos guía hacia la grandeza del heroísmo y a la plenitud de nuestra humanidad;

nuestro maestro de la más verdadera, de la más pura, de la más agradable simpatía humana, es decir, de la caridad. Una transformación puede producirse en vosotros cuando os entreguéis a la exaltación de Cristo: ¿no lo veis vosotros, jóvenes de hoy? ¿Os ha invadido tal vez un conformismo que puede llegar a ser habitual, un conformismo que somete inconscientemente vuestra libertad al dominio automático de corrientes externas de pensamiento, de opinión, de sentimiento, de acción, de moda: y así, presa de un gregarismo que os da la impresión de ser fuertes, alguna vez os convertís en rebeldes en grupo, en masa, sin saber frecuentemente por qué. Extraña psicología la de buena parte de la juventud de hoy, que merecería un análisis más paciente y profundo del que ahora Nos podemos hacer, pero creemos sustancialmente exacto este juicio somero. Pero si vosotros tomáis conciencia de quién es Cristo y decidís seguirle, como sabéis hacerlo vosotros, con energía total, ¿qué es lo que os sucede? Sucede que interiormente conseguís la libertad. "La verdad —ha dicho Jesús— os hará libres" (Juan, 8, 32). Seréis personas. Seréis conscientes. Sabréis para qué y por quién vivís. tendréis en vosotros mismos las razones supremas de la existencia humana. Os sentiréis liberados de la sugestión de la masa, que hoy fácilmente consigue la alienación de las conciencias e impone a los individuos el automatismo colectivo. Y al mismo tiempo, cosa maravillosa, sentiréis nacer en vosotros la ciencia de la amistad, de la sociabilidad, del amor. No seréis aislados. Sin apagar vuestra inviolable personalidad, la adhesión a Cristo os enseñará la adhesión a los hermanos, os dará la inteligencia de los méritos y de las necesidades, por los cuales ellos deben ser buscados, amados, servidos. Una sociabilidad superior, la de la caridad, nacerá en vosotros; y no sólo como ideología, o como tentativa dilectante del diálogo con los otros, sino como imperativo interior de bondad, de entrega, de unión, de auténtico amor.

La paz de Cristo

Queridos hijos que habéis acudido hoy a este acto religioso, pensad un momento dónde se desarrolla: en la iglesia. Para encontrar verdadera y plenamente a Jesús y reconocer en El a Cristo, digno de ser proclamado como el realizador de las esperanzas de la humanidad, es necesario venir aquí; aquí, donde su presencia moral, mística y sacramental todavía se nos presenta en la humanidad de sus formas evangélicas y al mismo tiempo en la inconfundible prestancia de su divina realeza.

Y aquí, vosotros fieles todos, y vosotros, especialmente los jóvenes, aclamando a Cristo Salvador, agitando ramos de palmas y de olivos, anunciáis la paz, su paz para la humanidad de nuestro tiempo, la paz que el mundo busca y no encuentra y no sabe conquistar para sí mismo y que sólo Jesucristo puede dar (Juan, 14, 27). Bienaventurados vosotros, portadores de paz, porque así seréis llamados hijos de Dios (Mat., 5, 9).

Superación de las luchas raciales

Y ahora, hermanos e hijos, no podemos menos de mencionar también aquí el triste recuerdo que pesa sobre la conciencia del mundo, de la vil y

atroz muerte de Martín Luthero King. Uniremos este recuerdo a la trágica narración de la pasión de Cristo que acabamos de escuchar.

Nos mismo recibimos en audiencia hace años a este predicador cristiano de la promoción humana y civil de su gente negra en tierra americana. Conociamos el ardor de su propaganda y también Nos nos atrevimos entonces a recomendarle que su actividad estuviera libre de violencia y se encaminara a establecer la fraternidad y la cooperación entre las dos razas, la blanca y la negra. Y él nos aseguró que precisamente su método de propaganda no recurría a los medios violentos y que su intención era favorecer las relaciones pacíficas y amistosas entre los hijos de la dos razas. Por esto es más fuerte nuestro dolor, por su trágica muerte, y tanto más viva es la voz con que deploramos este delito. Estamos seguros que vosotros, con toda la comunidad católica de Roma y del mundo, compartís estos sentimientos. Como los compartirán ciertamente todos los votos que esta sangre espiritualmente preciosa nos inspira; que no aumente el odio, la venganza, la separación entre los ciudadanos de una misma grande y noble tierra, sino que en un nuevo propósito común de perdón, de paz, de reconciliación en la igualdad de libres y justos derechos se imponga a las injustas discriminaciones y a las luchas presentes. Nuestro dolor se hace más grande y temeroso por las reacciones violentas y desordenadas que este hecho triste ha provocado; pero también crece nuestra esperanza viendo que todas las partes responsables y que en el corazón del pueblo sano crece el deseo y el compromiso de obtener de la inicua muerte de Martín Luthero King una efectiva superación de las luchas raciales y el establecimiento de leyes y métodos de convivencia más adaptados a la civilización moderna y a la fraternidad cristiana. Llorando, esperando, rezaremos para que sea así.

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 10 DE ABRIL

Queridos hijos e hijas:

Os saludamos a todos y a todos os consideramos participantes con nosotros en la celebración de los sagrados ritos, que dan a estos días el nombre de "Semana Santa". Es una celebración que estimamos muy importante. Renueva no sólo el recuerdo de la muerte y resurrección del Señor, sino también la eficacia de la obra redentora de Cristo. Actualiza en sus términos más genuinos el misterio pascual; lo refleja en sus ritos, lo reproduce con su divina virtud, lo hace accesible a los fieles que quieren vivir de los ejemplos y de la gracia de Cristo; marca en el curso de los tiempos el momento más sereno de la presencia de Cristo entre nosotros, y, a lo largo del año, el momento central al que tiende y del que parte toda la actividad litúrgica de la Iglesia. Considera a Cristo muerto y resucitado; pero también se refiere a cada uno de nosotros, porque cada uno debemos morir y resucitar con Cristo. Por nosotros, Cristo realizó el drama de la Redención; con nosotros le quiere revivir. No dejemos pasar la Pascua sin entrar en el cuadro de sus realidades y exigencias.

Sabemos muy bien que muchos de vosotros os encontráis en Roma estos días como visitantes, como turistas llegados a la Ciúdad Eterna para admirar sus reliquias y monumentos, para hacer una excursión primaveral y disfrutar un poco el cielo despejado y un sol templado; pero deseamos creer que ninguno de vosotros dejará de dedicar a la Semana Santa un pensamiento y, en lo posible asistir a las grandes ceremonias religiosas de las iglesias romanas. De igual forma que vosotros, viajeros, caminái con la guía en la mano para ver y valorarlo todo, nosotros quisiéramos indicaros, muy sencilla y sumariamente, algunos aspectos de esas ceremonias, a las que os invitamos a participar, para que os resulte su comprensión más rápida y su asistencia fructuosa.

Evocar la Pasión y el sacrificio del Señor

Al primer aspecto lo podríamos llamar histórico; es decir, el carácter de conmemoración que tienen estas ceremonias. Se refieren a los últimos días de la vida temporal de Cristo, como todos sabéis. Pero la evocación que hace la Iglesia de ellos merece que nuestra memoria se encuentre despierta, precisa, compuometida. No en vano la narración de la Pasión se repite durante la semana cuatro veces, tantas cuantas son los evangelistas; los últimos tres días están caracterizados por un hecho principal que los domina: el Jueves Santo por la Cena pascual, la Cena eucarística; el Viernes Santo por el proceso, la crucifixión y la muerte del Señor; el Sábado Santo por la memoria de su sepultura, para desembocar en la noche de la Resurrección pascual. Sólo el cuadro de estos acontecimientos ya es convincente; no es difícil proponerlo a nuestra primera contemplación, aunque sólo sea descriptiva.

La revelación más profunda y exacta del Hijo de Dios

La segunda parte de la contemplación se refiere a las personas del drama; cada una es típica y representativa; la acción en que se mueve cada personaje de la Pasión y de los acontecimientos pascuales resalta de forma impresionante; la humanidad aparece con sus facetas más interesantes, destacando en esos rasgos la psicología eterna del hombre, quizá sin la majestad ni sutileza, con frecuencia artificiosa, de las escenas célebres del teatro clásico y del virtuoso de las representaciones cinematográficas modernas, pero con tan incomparable sinceridad y naturaleza, que se siente uno tentado de repetir: ¡he ahí a! Hombre! Esta exclamación la repitió Pilatos refiriéndose a Jesús: ¡He ahí al hombre! ¡Y si detenemos en El nuestra consideración, qué estupor, qué fascinación, qué tristeza, qué amor invade a los espíritus piadosos y fieles! La Pasión de Cristo es su más profunda y exacta revelación. Lo comprobamos, por ejemplo, en las palabras de Pedro, que rechaza la humildad de Cristo postrado ante El para lavarle los pies: "¿Tú a mí?" (Juan, 13, 6). ¡Que túl Asimismo, terminada la tragedia, en la voz del centurión que confiesa: "Verdaderamente, éste era el Hijo de Dios" (Mateo, 27, 54). Pero, sobre todo, el doble testimonio de Cristo mismo, que afirma ser El el Cristo Hijo de Dios (Mateo, 26, 64) durante el proceso religioso; y que El es Rey de la historia mesiánica, durante el proceso civil (Juan, 18, 37), y que, por estos testimonios, será

crucificado. Los fieles, los santos intentan la exploración en el fondo de la psicología de Cristo y salen ebrios de maravilla y de amor.

La contemplación se hace más amplia, más profunda; cósmica y teológica cuando busca las razones del drama divino; las lecturas, especialmente de la vigilia del Sábado Santo, nos introducen en este misterioso pabellón, donde el pecado humano, la justicia y la misericordia divina se dan cita, donde la muerte y la vida "pugnan en duelo tremendo" (Secuencia pascual) y donde la victoria de Cristo resucitado se presenta como fuente de nuestra salvación y programa de vida cristiana.

La luminosa guía de la liturgia

Aún debemos dar un paso más en nuestra contemplación, la experiencia emotiva, dramática y amorosa de esta historia, de esta celebración. Encontraremos, por ejemplo, en los magníficos responsorios de los oficios de maitines de los tres grandes días que preceden a la Pascua las lamentaciones más tristes y profundas, más fuertes y más tiernas, más violentas y más dulces que el alma de la Iglesia haya sabido expresar al revivir el recuerdo del misterio pascual. Es decir, no sólo está permitida la sinfonía de los sentimientos durante esta gran celebración, sino que está invitada a sumar a la visión del drama pascual sus notas más destacadas y conmovedoras, en donde la liturgia da le Semana Santa consigue acordes de suprema belleza.

Muchas cosas se podrían decir, es evidente. Pero baste ahora saber que el gran corazón de la Iglesia, y con él el humilde corazón del Papa, vibra con viva conciencia e impetuosa emoción en la celebración del misterio pascual e invita a vuestros corazones a palpitar con ellos. A esto os exhorta y alienta nuestra bendición apostólica.

Saludo a los distintos grupos

Queridos hijos e hijas de lengua francesa:

Desamos a todos y a todas nuestras bienvenida a esta basílica, erigida en honor del Príncipe de los Apóstoles, aquel que después de haber predicado la buena nueva del Evangelio dio su vida en testimonio de Cristo, salvador de los hombres. Exhortándoos a renovar, en este año de la fe, vuestra adhesión filial a lo que la Iglesia católica cree y enseña, os desamos una santa y gozosa fiesta de Pascua.

Y ahora queremos dirigir una palabra especial a los diversos grupos presentes en esta audiencia.

En primer lugar, a vosotros, jóvenes universitarios procedentes de muchos países de Europa, y reunidos bajo la égida del "Instituto de Cooperación Universitaria", para estudiar en común lo que los jóvenes de hoy esperan de la Universidad del mañana. El Concilio ha dado a este respecto principios y líneas de conducta muy oportunas y juiciosas, y nosotros mismos, prsonalmente o a través de nuestros colaboradores inmediatos, hemos tenido ocasión en muchas circunstancias, incluso recientemente, de precisarlas. Confiamos que vosotros las tengáis en cuenta y encontréis en ellas un camino seguro en vuestra búsqueda para superar la crisis actual y participar activamente en la construcción de un mundo más justo, más humano y fraterno.

A continuación os damos la bienvenida a vosotras, queridas hijas, que participáis durante estos días en Roma en los "Juegos Internacionales", organizados por la "Federación Internacional Deportiva de la Enseñanza Católica". El deporte, Nos mismo, como nuestros predecesores, hemos tenido muchas ocasiones de subrayarlo, permite no solamente aumentar la capacidad física y atlética de quienes los practican, sino que contribuye también a su formación total, dándoles el sentido de equipo y descubriéndoles las bellezas y maravillas de la creación, de la amistad humana, de la colaboración franca y sana en todos los sectores de la vida.

Ahora dirigimos nuestro afectuoso y paternal saludo a vosotros, estudiantes y colegiales de la diócesis de Estrasburgo, acompañados por vuestros profesores y consiliarios. Ojalá descubráis con más claridad, en vuestra peregrinación, el sentido de la Iglesia, de su unidad y de su catolicidad, la misión especial que el Señor le ha confiado, bajo la dirección del humilde sucesor de Pedro, en favor de los hombres de nuestro tiempo.

Después de Estrasburgo quisiéramos saludar a París y a toda Francia en los niños llegados a Roma con la peregrinación organizada por la "Infancia misionera". A vosotros, queridos niños, y a quienes os acompañan, queremos expresar nuestra satisfacción por todo lo que habéis realizado en favor de las misiones. Continuad amando a la Iglesia con plenitud, en unión estrecha con los misioneros, aprendiendo a conocerles mejor, a ayudarles, material y espiritualmente, abriendo así vuestros corazones y vuestro espíritu a todos vuestros hermanos del vasto mundo, sin distinción de raza ni de color.

Finalmente, saludamos a la peregrinación organizada por la Obra belga "Luz y caridad para los ciegos". En esta Obra, se nos ha dicho, reina la más perfecta colaboración y un espíritu de comprensión mutua, a pesar de la diversidad de origen étnico y ligüístico de sus miembros. Queridos ciegos, lo sabéis, vuestra ceguera no debe ser un impedimento para que os portéis con quienes os rodean —muchos de los cuales, por desgracia, son ciegos de corazón y de alma— como testigos de la luz y de la caridad que nos vienen de Cristo, gozosa claridad del Padre que ilumina a todo el hombre que viene a este mundo.

A todos y cada uno, queridos hijos e hijas, os daremos, al término de este encuentro, nuestra bendición apostólica como testimonio de nuestro afecto paternal.

HOMILIA EN LA MISA DEL JUEVES SANTO

(11 de abril)

Venerados hermanos y carísimos hijos:

Es tal la amplitud, la riqueza, la profundidad de los acontecimientos, de los misterios, de los ritos que ofrece el Jueves Santo a nuestra consideración

que una vez más renunciaremos a comprenderlo todo, a querer decirlo todo; vamos a elegir uno de los aspectos de esta dolorosa y feliz evocación de la "Cena del Señor" para centrar en él, durante unos breves momentos, nuestra reflexión, como punto fácil que nos permita entrever en su perspectiva los múltiples significados del acontecimiento que celebramos.

Nos parece evidente que este punto central es el amor.

No pronunciamos con facilidad esta palabra, demasiado fácil, de muchos y ambiguos significados, que aúnan en el idéntico nombre de amor, de forma extraña, las más diversas y contradictorias expresiones del sentimiento y de la voluntad, desde las más bajas y depravadas de la pasión y del vicio a las elevadas y sublimes del heroísmo y de la caridad, hasta las trascendentes de la infinita bondad de Dios. Pero encontrar esta palabra, o mejor, esta realidad del amor en la celebración del Jueves Santo es para nosotros una fortuna, una enseñanza; la de saber distinguir entre las muchas formas equívocas o imperfectas del amor, la más verdadera, la más auténtica, la más digna de este nombre.

Inmenso significado de la narración de San Juan

Escuchemos al evangelista Juan, que en aquella tarde bendita, aprovechando la atmósfera espiritual y mística que se había producido durante la cena ansiada (cfr. Lucas, 22, 15) por el Maestro, más que la posición que le había correspondido en la mesa, mereció reclinar la cabeza sobre el pecho de Cristo. Comienza su narración con palabras estudiadas: "Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús, conociendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, El, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Juan, 13, 1). ¿Qué significa hasta el fin? ¿Hasta el fin de la vida temporal? Esto indica que estamos en una vigilia consciente, precedente a la tragedia de la Pasión, es decir, en el momento del testamento, en el que todo se concluye con acentos y gestos de suprema sinceridad, y el corazón descubre sus más profundas reservas con la sencilla solemnidad de las últimas confidencias. ¿O significa hasta el límite de toda medida concebible, hasta el exceso, hasta el término inverosímil, al que sólo el corazón de Cristo podrá llegar? ¿Hasta darse a sí mismo con la totalidad que exige el verdadero amor y con la efusión que sólo un amor divino puede concebir y realizar? Cualquier interpretación que demos a esta expresión superlativa nos recordará que la clave de la última tarde de Cristo es el amor, que en sus mismas palabras alcanza la cima de su medida: "Nadie tiene un amor mayor que el que da la vida por sus amigos" (Juan, 15, 13). Amar significa dar; dar significa amar. Darlo todo, dar la vida. Esta es la línea verdadera del amor, este es su término.

El sacrificio repetido y multiplicado en la Eucaristía

Pensemos ahora en el misterioso acontecimiento con que terminó la Cena Pascual. Escribe San Pablo, el primero en confirmarlo en la historia bíblica: "El Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó el pan, y, habiendo dado gracias, lo partió y dijo: "Tomad y comed este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Y de la misma forma el cáliz..., diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre. Haced esto siempre que bebáis de él en memoria mía" (1 Cor., 11, 23-25). El don cruento que Cristo iba a ofrecer a la humanidad en su inminente sacrificio de la Cruz se reproduce, multiplica y perpetúa en el don, idéntico, pero incruento, del sacrificio eucarístico. Imposible comprender, si no se piensa con amor, que en aquella noche inventó esta extraordinaria manera de comunicarse. Nos resulta imposible aceptar como conviene esta presencia inmolada real de Cristo en la Eucaristía, que vamos a celebrar, si no entramos en el círculo de su amor; volvamos a San Pablo, que exclama: "Me amó y se entregó por mí" (Gálatas, 2, 20).

Estamos perseguidos por este inefable, por este irrefrenable amor. Somos conocidos, recordados y asediados por este poderoso y silencioso amor, que no nos da tregua, que quiere comunicarse a nosotros, que quiere ser comprendido, aceptado y recompensado por nosotros. Aquí está todo el cristianismo. El cristianismo es la comunión de la vida divina en Cristo con la nuestra. El cristianismo es la apropiación de Dios y Dios es caridad, amor.

La revelación, aunque siempre velada por un sistema de palabras y de signos, el sistema sacramental, para dejar, en esta plenitud del encuentro, intacta nuestra libertad, se hace resplandeciente. Si creemos en este "Mysterium fidei", si entramos dentro del haz de luz y de amor que lanza sobre nosotros, ¿cómo permanecer impasibles, inertes, distraídos, indiferentes? El amor quiere amor; "Amor ch'a nullo amato amar perdona"... (Dante, 1, 5. 103). Es fuego, ¿cómo no sentir su calor? ¿Cómo no tratar de corresponderle de alguna forma?

Os doy un madamiento nuevo

También proveyó por esto el Señor en aquella tarde bendita. Para comprender lo que dijo a este propósito, después de la desconcertante lección de amor y humildad que dio a los suyos lavándoles los pies, debemos figurarnos a El, a Jesucristo, aquí entre nosotros, en esta su Iglesia romana, que guarda sus palabras, sus poderes, sus ejemplos, su perenne promesa; y preguntarnos a nosotros mismos, ¿qué nos diría? ¿Qué recomendación nos haría? ¿Qué lección daría para este misterio pascual que estamos celebrando? Callemos un instante interiormente en nuestro corazón y escuchemos: "Os doy el mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado..." (Juan 13, 34) También se habla de amor. Pero esta vez el amor debe partir de nosotros. Al amor recibido de Cristo debe seguir el nuestro para nuestros semejantes, para la comunidad que nos ve unidos en torno a El; la presencia física, circunstancial, externa, debe convertirse en unión espiritual, perpetua, interior; así se forma la Iglesia, así se articula su Cuerpo Místico. Una nueva circulación de caridad nos debe convertir de enemigos en amigos, de extraños en hermanos. Con este compromiso paradójico debemos amar como El nos ha amado.

El insuperable poder de la caridad

Nos da vértigo. Nos damos cuenta que nunca amaremos suficientemente. Nos damos cuenta que nuestra profesión de amor cristiano se encuentra todavía en los comienzos. Nos damos cuenta que el precepto de la caridad

contiene en sí desarrollos potenciales que ninguna filantropía, ninguna sociología podrá jamás igualar. La caridad se encuentra todavía contraída y encerrada en los límites de las costumbres, de los intereses, de los egoísmos que tendrán que ser, creemos, ampliados. Extiéndanse los límites de la caridad, exclama San Agustín (Sermo, 10 de verbis Dni). Y, para estímulo nuestro, y quizá como reproche, brotan de los labios delicados y seguros de Cristo estas otras inolvidables palabras, también sobre el amor: "En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros" (Juan, 13, 35). Por tanto, el amor es el distintivo de la autenticidad cristiana.

¡Qué lección, qué programa, qué renovación, qué adaptación propone siempre Cristo a nuestra fidelidad! Que estas divinas palabras, dignas del Jueves Santo, resuenen en esta aula, en esta asamblea, en esta Iglesia romana y encuentren su humilde, feliz y generoso cumplimiento; y que nuestro Maestro y Salvador Jesús nos conceda la gracia pascual de saberlas recordar, vivir y revivir siempre.

RADIOMENSAJE EN EL DIA DE PASCUA

(14 de abril)

¡Hermanos, hijos, amigos que nos escucháis!:

Ya conocéis el grito que hoy pronuncia nuestro mensaje: Cristo ha resucitado.

Un eco inmenso responde a este anuncio: también nosotros, unidos a Cristo, resucitaremos.

Es maravilloso, es obligado, es gozoso mediar en la realidad de esta doble voz. No dejemos que ella pase por encima de nosotros sin que el pensamiento y el corazón la reciban y adviertan cómo ella cambia los conceptos naturales de nuestra experiencia e introduce en nuestra forma de pensar y de vivir una novedad formidable y magnífica. Es la novedad cristiana, es decir, la nueva vida divina que corre en las venas del hombre redimido.

Surge espontánea el meditar en este supremo acontecimiento y el estallar en el himno del Aleluya y en un sentimiento que supera todo entender mientras excluye cualquier incertidumbre; de tal exaltación del espíritu ha de estar lleno el tiempo pascual que nosotros hemos inaugurado hoy.

Queremos recordaros un aspecto de este hecho: la resurrección de Cristo y nuestra; es un hecho de potencia, más aún, de omnipotencia divina. No bastan las causas naturales para darle un origen ni para concederle una apariencia al menos de probabilidad. La muerte es una cosa tal, ejercita un dominio tan desastroso, que parece absurdo suponer su derrota. Y, sin embargo, así sucedió en Jesús: muerto, sepultado, y después, al amanecer del tercer día, resucitado y glorioso. Así sucederá en nosotros si tenemos en El, con la fe,

con la gracia, con la honradez de nuestra conducta, injertada en su vida inmortal la nuestra mortal. La enemiga, la grande enemiga será vencida al fin (Cfr. 1, Cor. 15, 26).

La victoria de Cristo sobre la muerte

Este acontecimiento prodigioso, perfecto en Cristo, comunicado a su santísima Madre, prometido a nosotros en su completa realidad y desde ahora participando en su eficiencia mística y moral, infunde en el mundo, aun en el profano, el sentido de una victoria posible en el campo de las cosas imposibles, la esperanza de aquellas novedades que pueden regenerar la historia del hombre. No nos incumbe pensar en los cambios asombrosos que el conocimiento profundo de la naturaleza y el arte paciente y maravilloso de sacar provecho de él pueden producir en nuestro siglo; no es de nuestra competencia el reino de las cosas. Nos pensamos en el reino de los espíritus humanos. Nos pensamos en el mundo interior de los corazones, donde parece un tentativo vano el introducir novedades verdaderamente operantes y renovadoras, esas novedades que venzan la gravedad natural del hombre hacia sus debilidades congénitas, hacia sus malicias que renacen y se repiten, hacia sus atávicas y modernas deformaciones del verdadero concepto de la vida y de sus destinos superiores. Nos pensamos en una regeneración continua y progresiva del hombre. Nos tenemos una confianza invencible en su perfectabilidad.

Contribución de luz, testimonio de verdad

La resurrección de Cristo, inauguración victoriosa de su realeza, impugnada pero salvadora, nos autoriza a esperar que el esfuerzo característico del hombre moderno, dirigido a la tenaz conquista del reino de la creación (Gen., 1, 28), obtendrá de lo alto, es decir, desde el reino de Cristo, aunque no sea de este mundo, un contributo de luz, un testimonio de verdad (Jo. 18, 37), que alentará la obra del hombre, a veces cansada y a veces equivocada, para que persevere y progrese sin descanso en el auténtico perfeccionamiento humano. Es decir, esperamos que la virtud de la resurrección de Cristo pueda, en alguna medida, infundirse también en la caducidad de las cosas temporales del hombre.

No juzguéis abstruso este modo de pensar. No lo creáis lejano de la realidad histórica de nuestros días. Ya podéis adivinar fácilmente a donde va ahora nuestro pensamiento. Va hacia donde los votos y deseos del mundo civil convergen hoy, a la paz, a la paz difícil de esa extremidad de tierra asiática en la que parece que la guerra nunca pueda acabar y en la que el choque de las potencias más grandes tiene suspendido el respiro del mundo con el temor angustioso de un conflicto gigantesco que lleve a todos a una ruina espantosa.

Que las partes encausadas entren resueltamente en el camino de la paz

Pues bien, séanos permitido ahuyentar, en este día de vida y de esperanza, en el nombre de Cristo resucitado, la pesadilla de esta persistente amenaza; séanos lícito conjurar a las partes en causa para que resueltamente

entren en pensamientos de tregua militar y de negociaciones dignas y leales. Nos miramos con ansia, y todos vosotros también, a los síntomas prometedores de un acuerdo próximo entre los pueblos que luchan y los acompañamos con el augurio, que es persuasivo por nuestra absoluta neutralidad y por nuestro afecto profundo a las naciones interesadas, y sobre todo a las poblaciones que sufren con el augurio —decimos— de que estos primeros pasos alcancen pronto un término bueno y feliz. Que se transforme la prueba de fuerza en una competición de generosidad; que venza no una supuesta justicia de las armas sino la justicia consciente de los derechos recíprocos de la libertad y de las necesidades comunes de trabajo y de paz; que se cambie el sentimiento de emulación y de odio en propósito de perdón y de hermandad. El mundo ha tenido ya una sacudida pavorosa en su sistema constructivo de la concordia mundial, con los recientes conflictos en el Extremo y en el Medio Oriente, como también en tierra de Africa: resurjan, por el contrario, los grandes ideales de la organización pacífica y ordenada del mundo; que no triunfe el escepticismo de la ineptitud constitucional de la humanidad para progresar en la libertad, en la justicia y en la paz, sino que se confirme la esperanza y con la esperanza la acción para resolver los conflictos presentes y evitar otros futuros.

Una clara afirmación de los derechos del hombre

Otro deseo entre tantos otros que el bien de la humanidad sugiere, queremos vivificar con el carisma pascual: el de la afirmación más clara, más autorizada, más eficiente, de los derechos del hombre a cuya afirmación dedica en este año el mundo civil una celebración especial y solemne. Después del funesto y amonestador episodio del asesinato que tanto ha conmovido al mundo, sería una cosa estupenda si los grandes y cerrados egoísmos colectivos, como el racismo, el nacionalismo, el odio de clases, el predominio de los pueblos privilegiados sobre otros más débiles, se abriesen a la valiente y generosa aventura del amor universal.

¿Con qué autoridad nos atrevemos a pronunciar estos augurios? Con la autoridad de quien ama y de quien cree. La Pascua nos los hace sentir íntimamente y valoriza los votos que a todos vosotros, a quien sufre las luchas en curso, a quien trabaja para resolver en bien las cuestiones mundiales pendientes, a la humanidad entera, en nombre de Cristo resucitado, os presentamos con nuestra bendición.

EN LA AUDIENCIA GENERAL DEL 17 DE ABRIL

Queridos hijos e hijas:

Os vamos a saludar con la exclamación característica de la liturgia pascual: Aleluya, que quiere decir: alabanza a Dios. Es una exclamación religiosa que nos viene de una antiquísima costumbre hebrea, registra en la Sagrada

Escritura, y actualmente habitual en el lenguaje litúrgico de la Iglesia para expresar la alegría de alabar al Señor, especialmente en el tiempo pascual. Se ha convertido en una exclamación de júbilo, que pretende expresar más un vivo sentimiento de alegría que ser una palabra con un sentido determinado (cfr. San Agustín, páginas 99, X. P. L. 37, 1.272); como si dejéramos en el lenguaje actual: ¡Viva! ¡hurra!

Pero para nostoros este Aleluya conserva su doble significado original, de alabanza y de gozo, ambos referidos al Señor y brotando del corazón, lleno, al mismo tiempo, de entusiasmo religioso y de gozo espiritual. Nosotros, al recibir hoy vuestra visita, hacemos nuéstro el voto emocionado de la Iglesia y os saludamos con su piadosa voz: Aleluya, Aleluya. Y lo hacemos con una doble intención. La primera, poneros a todos en comunión de espíritu con el alma de la Iglesia, embriagada por la celebración del misterio pascual. ¿Podemos olvidar este acontecimiento, que nos hace recordar y revivir en nosotros la resurrección de Cristo? ¿Su victoria sobre la muerte? ¿Su promesa, ya en vías de cumplimiento mediante la virtud y el significado sacramental del bautismo, de que también nosotros resucitaremos un día? ¿Podemos olvidar que sobre el hecho prodigioso, real y sobrenatural, al mismo tiempo, de la Resurrección de nuestro Señor, se fundamenta nuestra fe, nuestra certeza de que Jesús es el Salvador del mundo, nuestro compromiso de hacer de nuestra vida un testimonio, que se llama precisamente cristiano? No lo podemos olvidar. Más aún, debemos recordar, celebrar, aplaudir, porque Cristo ha resucitado y porque de su Resurrección brotó la Iglesia, a la que el Espíritu Santo confirió los carismas vivificantes de Cristo, para difundirlos en la humanidad, tan deseosa de vivir, de sobrevivir, como consciente de su mortalidad y ciega ante su destino ultraterreno. Y todo esto lo decimos con una aclamación convencional: Aleluya, acto de fe, de confianza, de gozo, de victoria, que resume en sí un cúmulo de verdades, de pensamientos y sentimientos.

La salvación, garantía de felicidad

La segunda intención que trae a nuestros labios el Aleluya pascual es recordaros que la vida cristiana no puede existir sin alegría. Si el desarrollo de la vida cristiana comprende otras notas, otras lecciones, además de la alegría (comprende la cruz, la renuncia, la mortificación, el arrepentimiento, el dolor, el sacrificio, etc.), no está privada de consuelo, de una animación profunda, de un gozo, que no debería nunca faltar, y no falta nunca cuando nuestra alma está en gracia de Dios. Cuando Dios está con nosotros, ¿podemos estar tristes? ¿Podemos sentir amargura y desesperación? No: la alegría de Dios debe ser siempre, al menos en el fondo, una prerrogativa del alma.

Un escritor moderno católico observa: "He conocido jóvenes de familias cristianas muy fervientes que decían a sus padres: "Es duro ser católico", y la respuesta era: "¡oh sí!, es duro, siempre privaciones; es una religión triste". Recordamos el famoso apóstrofe de Niezsche, que reprobaba a los cristianos pretender ser "hombres salvados y, en cambio, comportarse muy poco como tales" (J. Leclerq, "Croire en J. C.", p. 21).

Sí, nosotros los cristianos no deberíamos sentirnos más desdichados que los demás por haber aceptado llevar el yugo de Cristo: ese yugo que El lleva con nosotros y que por ello lo llama "suave y ligero" (Mateo, 11, 30); sino más

dichosos, precisamente porque tenemos motivos magníficos y seguros para estarlo. La salvación que Cristo nos ha merecido, y con ella la luz sobre los más arduos problemas de nuestra existencia, nos autoriza a mirarlo todo con optimismo.

Nosotros estamos en mejores condiciones que los ciegos ante la luz evangélica, para mirar el panorama del mundo y de la vida con gozosa admiración y disfrutar de cuanto nos dispensa la existencia, incluso de las pruebas que tanto abundan en ella, con una serenidad consciente y sabia. El cristiano es afortunado. El cristiano sabe encontrar las razones de la bondad de Dios en cada acontecimiento, en cada situación de la historia y de la experiencia; y sabe que "todas las cosas se resuelven bien para aquellos que viven en la benevolencia de Dios" (cfr. Roma, 8, 28). El cristiano debe dar siempre testimonio de una seguridad superior, que permita a los demás entrever de dónde saca esa serena superioridad espiritual: de la alegría de Cristo.

Hoy, afortunadamente, esta actitud de alegre vigor se va difundiendo entre los cristianos modernos; son más desenvueltos y más alegres que antes; y está bien. Pero con una condición que les preserve de caer en un naturalismo triunfalista, pronto a convertirse en pagano e ilusorio; la condición está en que saque de la fe, y no sólo de las afortunadas contingencias del bienestar temporal, la alegría interior y la serenidad exterior. Cristo es nuestra felicidad. Repitamos en su honor y para consuelo nuestro: Aleluya.

Con nuestra bendición apostólica.

AL VI CONGRESO DE ESPECIALISTAS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

(19 de abril)

Damos las gracias a vuestro elocuente intérprete, el reverendo padre R. A. F. MakKemzie, rector de nuestro Instituto bíblico, y saludamos con alegría, señores, a una asamblea, como la vuestra, de especialistas tan distinguidos y competentes en los estudios bíblicos. Después de haber celebrado sus Congresos en diferentes países de la Europa occidental, la Organización Internacional para el Estudio del Antiguo Testamento ha escogido en esta ocasión la ciudad de Roma, cuyo inmenso patrimonio religioso histórico y artístico proporcionará, sin duda, a vuestras sabias comunicaciones un suplemento notable de interés. Sed bienvenidos y permitid que os recibamos aquí con las palabras que nuestro lejano predecesor San Dámaso dirigió al gran especialista en estudios bíblicos de su tiempo San Jerónimo: "No creo —le escribía— que pueda haber entre nosotros un tema más digno de conversación que la Sagrada Escritura" (Migne. P. L. XXII, 451).

El Antiguo Testamento, bien común de diversas tradiciones religiosas

La Escritura, objeto directo de vuestro estudio, es el Antiguo Testamento. Y el gran interés de vuestro Congreso es precisamente, a nuestro parecer, la elección de un campo de investigación en el que puedan reunirse y colaborar tanto teólogos cristianos —católicos y protestantes— como sabios de la religión hebrea. El Antiguo Testamento es nuestro bien común. Las tres familias, judía, protestante y católica, le prestan el mismo honor. Pueden, por tanto, estudiar y venerar en común estos santos libros. Diremos más: pueden orar en los mismos textos. ¿Qué oración más profundamente religiosa, más universal por su objeto, más emotiva por sus acentos que la de los Salmos? En verdad hay que felicitarse de que se haya tomado la iniciativa de este estudio en común; vuestros anteriores Congresos demostraron suficientemente que era oportuno. He ahí una forma verdaderamente auténtica y fecunda de trabajo ecuménico.

Recientes progresos en los estudios bíblicos

El progreso en los estudios sobre el Antiguo Testamento ha sido notable en estos últimos años. En lo que se refiere a la Iglesia católica, nuestro predecesor Pío XII abrió, como sabéis, ampliamente el camino a los investigadores en su carta encíclica "Divino afflante Spiritu", del 30 de septiembre de 1943, en la que los animaba a emplear métodos críticos, sólidos y adecuados para el esclarecimiento del texto sagrado. Vuestro orgullo es consagraros de forma profesional y científica, a aprovechar todos los recursos que suministra la técnica moderna —en el campo literario, histórico y arqueológico— y utilizarlos para hacer progresar el conocimiento del Antiguo Testamento. No podemos menos que alegrarnos al saber que están trabajando hoy, en todas las patres del mundo, numerosos sabios especialistas en estos estudios.

Nuestro mundo, como se ha dicho en muchas ocasiones, está invadido por una tendencia muy fuerte hacia la "desacralización", al "secularismo". El problema de la presencia y de la acción de Dios en el mundo lo plantean hoy algunos en términos nuevos, muchas veces inesperados, con frecuencia desviados y paradójicos.

En medio de esta efevescencia de ideas e interpretaciones, vuestra especialización os hace ser, en cierto sentido, testigos y heraldos de los valores tradicionales, y del más precioso de todos, clave de bóvedas de todo el edificio religioso de la humanidad: la trascendencia divina. Permitid que os lo digamos, señores: vuestras investigaciones, vuestros estudios científicos, consagrados a la historia y a la literatura de Israel, son para nosotros un gran motivo para recordar los más altos valores a la sociedad nueva.

Basta, por otra parte, lanzar una mirada al programa de vuestras exposiciones para apreciar su riqueza y comprender cuanto representa para el progreso de la interpretación del Antiguo Testamento.

La Iglesia católica cree que no es la última ni la menos activa en este campo. Contrariamente a algunas afirmaciones que se han venido repitiendo con frecuencia a lo largo de estos últimos siglos, la Iglesia ha dedicado siempre la más viva atención a la Sagrada Escritura. Quisiéramos, queridos señores, que el desarrollo de vuestros sabios trabajos os dejara un rato libre para realizar una breve visita a la Biblioteca vaticana: podréis ver allí, por la abundancia de los códices y ediciones de la Biblioteca, el interés que la Iglesia ha

sentido, a través de los siglos, por este libro incomparable, que siempre ha considerado como la fuente privilegiada de la revelación divina.

El mensaje divino de la Escritura

No se trata solamente, para ella, de una obra literaria. Es una obra religiosa, recopilada con un fin religioso, elegida y constituída según criterios religiosos; es una obra cuidadosamente preservada y transmitida, por ser portadora de un mensaje de Dios: mensaje destinado, en primer lugar, al pueblo elegido, pero también a todos los que se consideran como descendientes espirituales del Antiguo Testamento. Libro diferente, por consiguiente, a todos los libros humanos; libro inspirado, que encierra y permite una revelación, que la Iglesia ve armoniosamente prolongada y cumplida en el Nuevo Testamento.

¿Cómo un libro de este género no iba a ser objeto de un estudio y una atención apasionada? La Iglesia estudia la Biblia en todos sus aspectos. Le consagra, en primer lugar, y en número creciente, trabajos científicos como los que vosotros realizáis.

En los estudios teológicos, ¿existe una teología del Antiguo Testamento? ¿O muchas? ¿O más bien una sola teología bíblica, abarcando el Antiguo y el Nuevo Testamento, y muchos órdenes, o caminos, en la presentación y en la organización del dato revelado? ¿Son problemas que discuten sus teólogos? (R. de Vaux: "¿Se puede hablar de una 'teología del Antiguo Testamento'?" En "Biblia y Oriente", París, ediciones Cerf., 1967). Finalmente, el aspecto espiritual está presente con el mismo interés en sus preocupaciones, y uno de sus religiosos ha podido dedicar hace poco un libro de más de 1.000 páginas a "El Antiguo Testamento, fuente de vida espiritual" (reverendo padre Pablo María de la Cruz, O. C. D. Desclée de Brouver, 1953).

La riqueza de la revelación encerrada en las páginas del Antiguo Testamento es tan enorme que parece no agotarse jamás. Allí se nos revela el Dios creador y bueno, el Dios único y verdadero, el Dios vivo, el Dios Santo, el Dios ofendido, pero que perdona porque tiene un designio de salvación para los hombres y lo persigue, incansablemente, a lo largo de una "Historia Sagrada", cuyos fragmentos recoge la Iglesia con inmensa veneración y amor.

¿Que puede desear la Iglesia ante los cambios audaces y, al mismo tiempo, inquietantes del mundo moderno sino ver la verdad, la grandeza, la belleza de esa teología fundamental del Antiguo Testamento imponiéndose a las almas de buena voluntad y constituyendo un lazo espiritual poderoso para todos aquellos que sinceramente desean luz y paz?

Nuestra estima y simpatía por vuestra Obra

Estas son, señores, algunas de las reflexiones que nos inspira vuestra presencia de hoy aquí. Nos es grato recibiros en esta semana de Pascua, fiesta cuyo nombre evoca una de las cumbres del Antiguo Testamento. Continuad vuestros trabajos. Seguid proporcionándonos un conocimiento más profundo del texto sagrado. Nada puede haber más de acuerdo con el espíritu del Concilio Vaticano II, que en su constitución dogmática sobre la Revelación consagra, como sabéis, un capítulo especial al Antiguo Testamento. Contad con

nuestra simpatía y toda nuestra estima por la importante obra que realizáis y para la cual pedimos de corazón las mejores bendiciones a Aquel que es, y sigue siendo por los siglos, el Dios de la Biblia, el "Dios de nuestros Padres", el "Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob".

A DIVERSAS PEREGRINACIONES

(25 de abril)

Queridos hijos e hijas:

Vuestra visita nos llena de gozo y de esperanza. Podemos hacer nuéstras las palabras que sirven de título a la célebre Constitución Conciliar: "Gaudium et spes". De gozo, porque os vemos tan numerosos; hoy la basílica de San Pedro no basta para contener a nuestros visitantes, por lo que nos hemos visto obligados a subdividirlos en tres audiencias distintas; esta afluencia es para Nos motivo de alegría; vemos en ella casi como un reflejo bíblico: Todos estos se han reunido en torno a ti, Jerusalén: . . , tus hijos vendrán desde lejos y tus hijas surgirán de todas partes. Entonces mirarás, y por la afluencia de las gentes tu corazón se maravillará y ensanchará . . ." (Is., 60, 4-5). Es algo que supera el fenómeno turístico y se evidencia en esta no fácil concentración, no cómoda, que ninguna otra cosa ofrece que la grata consciencia de estar aquí, es decir, no sólo en el centro geográfico de la Iglesia, sino en el punto canónico, histórico y visible, espiritual y místico de su prodigiosa y conmovedora unidad; aquí está la tumba del Apóstol, a quien Cristo puso como fundamento de su misteriosa construcción, la Iglesia; aquí donde es tan hermoso encontrarse con gentes de todo país y saberse todos hermanos, todos fieles, todos unidos por la misma fe y por la misma caridad, es decir, todos católicos. Esta escena no es casual, no está impuesta, sino querida espontáneamente por vosotros, y no para dar o contemplar un espectáculo, sino para orar, para obtener una palabra y una bendición de Nosotros, que nunca como en esta y otras semejantes circunstancias sentimos la poquedad de nuestra persona humana y la grandeza de nuestro ministerio como Vicario de Cristo.

Un testimonio de filial adhsesión a la Iglesia

Gozo, por tanto, y gozo grande el que nos procuráis, y, nunca cansados de admirar la visión de nuestros peregrinos y de nuestros visitantes, damos gracias al Señor con las palabras de David: "Es el pueblo a quien yo he visto con gran alegría ofrecerte a Ti sus dones" (1 Par., 29, 17); los dones de su fe y de su piedad.

Y con el gozo la esperanza; la esperanza de que esta presencia signifique muchas cosas para la causa del reino de Dios, es decir, la causa de Cristo, de

su Iglesia y de vuestras mismas personas. Os diremos unas palabras que deben haceros pensar: Tenemos necesidad de vosotros. Habéis venido, ciertamente, aquí para hacer acto de fe, para dar a la Iglesia un testimonio de vuestra filial adhesión, para confirmar vuestros propósitos de vida cristiana. Pues bien, Nos tenemos necesidad de estos dones espirituales. De vuestra vigilante conciencia católica, de vuestra fidelidad a la Santa Iglesia de Dios. Esto parece obvio y descontado ya de la devoción religiosa y de la sinceridad de sentimientos que hasta aquí os han conducido; y es esta nuestra esperanza con relación a vosotros.

Porque, vosotros lo sabéis, la hora histórica y espiritual que la Iglesia está atravesando. especialmente en algunos países, no es serena; y esto es tanto para los pastores de la Iglesia como para Nos motivo de viva preocupación y, a veces. de grande amargura. Y ello no sólo porque todo el mundo moderno ya desprendiéndose del sentido de Dios, pagado como está de la riqueza de sus conquistas en el campo científico y técnico; no ya porque éstas exijan "la muerte de Dios", como alguien ha dicho con expresión desgraciada, porque exijan una mentalidad atea y alejada de toda religión; tales progresos característicos del mundo moderno exigirán, en cambio, un más alto, más penetrante, más adorado sentido de Dios, una religión más pura y más viva sobre los vestigios del saber humano no sólo, decimos, por esta práctica apostasía religiosa tan difusa, sino también, y con relación a la sensibilidad de quien tiene responsabilidad en la Iglesia, por la inquietud especialmente que turba algunos sectores del propio mundo católico.

"Aggiornamento" y renovación, no subversión

No es cosa ignorada. Después del Concilio la Iglesia ha gozado y está gozando todavía de un grande y magnífico resurgimiento que a Nos, los primeros, nos complace reconocer y favorecer; pero la Iglesia ha sufrido también y sufre todavía un torbellino de ideas y de hechos que ciertamente no son, según el Espíritu, buenos y no prometen aquella renovación vital que el Concilio ha prometido y promovido. Una idea de doble efecto se ha abierto también camino en ciertos ambientes católicos: la idea del cambio, que ha ocupado el puesto, para algunos, de la idea del "aggiornamento", presagiado por el Papa Juan, de venerada memoria, atribuyendo así contra la evidencia y contra la justicia. a aquel fidelísimo pastor de la Iglesia criterios no ya innovadores, sino, a veces, hasta subversivos de la enseñanza y de la disciplina de la Iglesia misma.

Hay muchas cosas que pueden ser corregidas y modificadas en la vida católica, muchas doctrinas en las que puede profundizarse, integradas y expuestas en términos más comprensibles, muchas normas que pueden ser simplificadas y mejor adaptadas a las necesidades de nuestro tiempo; pero dos cosas especialmente no pueden ser sometidas a discusión: las verdades de la fe autorizadamente sancionadas por la tradición y por el magisterio eclesiástico, y las leyes constitucionales de la Iglesia, con la consiguiente obediencia al ministerio de gobierno pastoral que Cristo ha establecido y que la sabiduría de la Iglesia ha desarrollado y extendido en los diversos miembros del cuerpo

místico y visible de la Iglesia misma para guía y robustecimiento de la multiforme trabazón del Pueblo de Dios. Por ello, renovación, sí; cambio arbitrario, no. Historia siempre viva y nueva de la Iglesia, sí; historicismo disolvente del compromiso dogmático tradicional, no; integración teológica según las enseñanzas del Concilio, sí; teología conforme a libres teorías subjetivas, a menudo tomadas de fuentes adversas, no; Iglesia abierta a la caridad ecuménica, al diálogo responsable y al reconocimiento de los valores cristianos entre los hermanos separados, sí; irenismo renunciante a las verdades de la fe o bien proclive a identificarse con ciertos principios negativos que han favorecido el distanciamiento de tantos hermanos cristianos del centro de la unidad de la comunión católica, no; libertad religiosa para todos en el ámbito de la sociedad civil, sí; libertad de conciencia, como criterio de verdad religiosa no corroborada por la autenticidad de una enseñanza seria y autorizada, no. Y podríamos poner otros ejemplos.

Por ello, hijos carísimos, la Iglesia tiene necesidad hoy de vuestro discernimiento y de vuestra fidelidad. Y esta es la esperanza que nos trae, con gran consuelo nuestro, vuestra visita. La Iglesia tiene necesidad de la lucidez de espíritu de sus hijos; tiene necesidad de su amorosa y firme fidelidad. ¿Nos traéis vosotros, carísimos, esta claridad de ideas en orden a la renovación de la vida de la Iglesia? ¿Nos traéis el grande, el precioso, el carísimo don de vuestra fidelidad? Lo esperamos paternalmente. Y por ello, con el ánimo lleno de gozo y de esperanza, a todos os bendecimos de corazón.

A LA PONTIFICIA ACADEMIA DE CIENCIAS

Saludamos con satisfacción en vuestras personas, señores, al cuerpo de sabios distinguidos que —presentes o ausentes de este lugar en este día— forman nuestra Academia Pontificia de Ciencias, y a su cabeza su nuevo y docto presidente, el reverendo padre O'Connell, y celebramos que se nos brinde la ocasión de rendir un solemne homenaje a vuestro alto valor en el dominio científico. Las diversas contribuciones que aportáis al progreso de la ciencia son vuestro mayor honor, honor que repercute sobre la Santa Sede, que ha tenido la iniciativa de convocaros a esta reunión. Ante todo, pues, nuestra felicitación y gratitud.

Diversas circunstancias, y entre ellas la muerte, sinceramente sentida, de vuestro presidente, monseñor Georges Lemaitre, no han permitido a vuestra Academia multiplicar en estos útimos tiempos sus manifestaciones exteriores. Pero ciertamente nadie podrá interpretar esta aparente y accidental disminución de actividad como una señal de menor vitalidad de una institución que en la actualidad ha conquistado en el mundo la reputación y la fama que merece. Por nuestra parte, queremos confirmar aquí solemnemente la estima y confianza que Nos le profesamos.

La ciencia y el progreso moral

La idea que animó la fundación de la Academia Pontificia de Ciencias, como sabéis, fue la de dar por las personas que la componen y por las actividades que realiza una prueba del amor y del respeto de la Iglesia católica hacia el mundo científico contemporáneo. Este objetivo primero, os lo aseguramos, está más vivo que nunca en la conciencia y en las perspectivas de la Santa Sede. Esta considera un deber suyo mantener la plena vitalidad de la Academia. Se propone por este medio dar testimonio del culto que la Iglesia católica profesa a la investigación científica, de la libertad que reconoce a ésta en su dominio específico, de la confianza con la que ella mira sus conquistas presentes y futuras. Si la ciencia, en efecto, en vez de ser considerada en la vida del hombre como una especie de elemento extraño se integra convenientemente en ella, la Iglesia considera qu aquélla puede contribuír al progreso, no solamente especulativo y técnico, sino moral, y hasta —sin ninguna necesidad de recurrir a procedimientos artificiales— al progreso religioso y cristiano de la humanidad.

Es notoria la respetuosa atención con que la Iglesia considera la misión del sabio. Vosotros sois, a sus ojos, los investigadores y los explotadores de las misteriosas realidades de la creación; es decir, sois aquellos que cumplen en el grado más elevado la tarea que Dios ha confiado al hombre al crearlo: conquistar la tierra, descubrir los secretos de la naturaleza. Porque la naturaleza está llena de secretos, y no cabe duda que quienes se dedican a descubrirlos —y vosotros sabéis mejor que Nos a precio de cuántas y cuán minuciosas y pacientes búsquedas— responden a un designio original y a una voluntad cierta del Creador.

Cuando pensamos en vuestra actividad de sabios, ella se nos presenta desarrollándose a partir de una doble premisa que contribuye como el pedestal de este grado superior de excelencia humana al que os eleva el ejercicio de vuestra profesión de investigadores.

Ante todo, está el uso sistemático y perfeccionado de la inteligencia. Si vosotros sois, podemos decir, más plenamente hombres que otros, se debe, en primer lugar, a que habéis desarrollado en un alto grado las posibilidades de lo que hay de más noble y de más semejante a Dios en el hombre: el pensamiento, la capacidad de "venir a ser todas las cosas —el "fieri omnia" de la filosofía clásica—, privilegio único e incomparable de la inteligencia humana, poder que posee el ser pensante de conquistar la realidad, de asimilársela, de transformarla en una verdad que se convierte en un bien propio, mientras el mismo tiempo en potencia, y por su universalidad, se hace un bien de todos.

A esta utilización superior de la más alta facultad del ser humano se añade en el sabio —y ésta es la segunda premisa— su inserción en la tradición científica. El recoge, asimila, profundiza y perfecciona cuanto hay de válido en la inmensa herencia de estudio y de reflexión de quienes le han precedido, y utiliza este patrimonio del saber humano adquirido, hasta llegar a él, como un punto de partida, desde el cual él se lanza decididamente hacia nuevas conquistas en bien de su generación y de aquellas que la seguirán.

En verdad, el hombre de ciencia bien merece el honor y la gratitud, y es para Nos una necesidad del corazón, al mismo tiempo que un deber, rendirle homenaje en vuestras personas, señores, a los representantes altamente calificados de la cultura moderna y del genio que la inspira. Al obrar así tenemos conciencia de interpretar fielmente el pensamiento de la Iglesia a este respecto: pensamiento que ella frecuentemente ha expresado en estas últimas décadas, especialmente por la voz de nuestros predecesores Pío XI y Pío XII y que acaba de proclamar de nuevo con fuerza en el reciente Concilio Ecuménico. ¿Cómo podríamos dejar pasar una ocasión como la presente sin destacar que esta solemne asamblea ha querido aportar todo el peso de su autoridad para reafirmar la actitud positiva de la Iglesia ante la ciencia?

Autonomía y relación entre ciencia y fe

Veamos cómo el Concilio se plantea vuestra vocación de investigadores: Aquel que se esfuerza —dice el Concilio—, con perseverancia y humildad, en penetrar los secretos de las cosas, aunque no tenga conciencia de ello, es conducido como por la mano de Dios, que sostiene a todas las cosas y les comunica el ser. Estas palabras se leen en la Constitución sobre la Iglesia en el mundo de este tiempo, que consagra un capítulo entero al problema de la cultura. Analizando el desarrollo de ésta, el documento conciliar hace constar con alta satisfacción las adquisiciones positivas debidas al progreso actual de las ciencias y de las técnicas, y menciona explícitamente "el amor a las ciencias y la fidelidad inquebrantable a la verdad en las investigaciones científicas, la necesidad de trabajar en equipo en grupos especializados, el sentido de la solidaridad internacional, la conciencia cada vez más limpia de la responsabilidad que tienen los sabios de ayudar, y aun de proteger, a los hombres, la voluntad de procurar a todos condiciones de vida más favorables, sobre todo a aquellos que están privados de responsabilidad y que sufren indigencia de cultura" (Constitución "Gaudium et Spes", números 36 y 57). El documento conciliar pone ciertamente en guardia a los cristianos contra el peligro de un humanismo puramente terrestre; pero les muestra al mismo tiempo la fe que profesan, "lejos de disminuírla, aumenta más bien la gravedad de la obligación propia de ellos de trabajar con todos los hombres en la construcción de un mundo más humano" (Ibíd., número 57).

Estamos lejos, señores, como podéis ver, de las disputas, frecuentemente mezquinas y casi siempre estériles, de las que gustan a veces ciertos espíritus propensos a considerar a la Iglesia y el progreso de los conocimientos humanos como adversarios en lucha abierta.

No queremos decir que el antiguo problema, que incesantemente se repite, de las relaciones de la ciencia y de la fe haya perdido toda actualidad y todo interés. Nos gustaría, si la limitación del tiempo no nos lo hubiera impedido, aprovechar una circunstancia como la presente para hablar de ello con vosotros. Nos habría gustado presentaros el nuevo aspecto con el que creemos que hoy se presenta: el de una distinción más clara de los planos a los que cada una de ellas —ciencia y fe—, según sus propios métodos, presenta la serie de sus conocimientos, haciendo posible formar de la complejidad global del pensamiento una feliz síntesis de los dos órdenes de conocimiento.

Ciencia para la paz

Vosotros nos habríais enseñado sin duda —por haberlo experimentado

directamente— cómo la investigación científica, llegando a absorber a veces todas las capacidades de conocimiento del investigador, parece ofrecer una satisfacción suficiente y definitiva a la actividad intelectual y espiritual del hombre; cómo llega a anular no solamente el conocimiento, sino incluso la aspiración hacia el conocimiento de Dios: hasta tal punto que el ateísmo acaba por presentarse a ciertos sabios como una actitud lógica, dando satisfacción al pensamiento y justificando la realidad.

Y, recíprocamente, Nos habríamos sentido el deseo de refutar este frágil edificio del progreso intelectual moderno y de afirmar —no sin apelar de nuevo a vuestra experiencia, pero a una experiencia más profunda— que la ciencia prepara, y exige un orden de pensamiento que la trasciende y que la justifica: porque ella no lo explica todo; ella no puede sino explorar lo que existe, lo que Otro, infinitamente mayor que ella, ha entregado con prodigalidad al estudio de los hijos de los hombres. Y si ella se mantiene fiel en sus investigaciones y en sus certezas dentro de su propio dominio, que es el de lo observable y de lo mensurable, tanto más progresará en sus investigaciones, tanto más sentirá también la necesidad, y como la intuición, de la inmensidad del mundo divino que la domina y que refleja en ella algo de su propio ser.

Pero limitémonos a considerar más bien otro aspecto del mundo científico, aquel que vuestra reunión pone en una tan bella y tan loable evidencia, y preguntémonos: ¿cuál debe ser el uso, el empleo práctico y útil que la ciencia, o mejor, los hombres de ciencia y sus brillantes discípulos los técnicos, deben hacer de las conquistas de la ciencia? Sólo existe una respuesta posible: todo debe encaminarse al bien de la humanidad.

¿Es necesario, señores, que os recordemos que el espectro de las más terribles calamidades, capaces de destruír y de reducir a cenizas toda la tierra habitada, sale precisamente de los laboratorios más perfeccionados de las ciencias físicas modernas? ¿Podríamos Nos callar ante tales perspectivas? Por grande que pueda ser en este dominio la responsabilidad de los hombres políticos, ésta deja intacta la de los hombres de ciencia. Por esto no dejaremos de rogar y de suplicar, y vosotros nos ofrecéis una ocasión singularmente propicia para ello. ¡Que se tenga la valentía de admitir los renunciamientos necesarios! ¡Que se tomen todas las medidas, que se acepten todos los compromisos con el fin de prevenir y de conjurar la fabricación y el empleo de las armas nucleares, de los ataques bacteriológicos y de todo otro medio que sacaría del progreso científico la potencia diabólica de causar a poblaciones enteras, aun extrañas a eventuales conflictos, el azote de horribles devastaciones! ¡Que la humanidad vuelva en sí! ¡Que sepa encontrar en sí misma, en sus jefes, en sus maestros la fuerza y la sabiduría de desterrar el uso maléfico de la ciencia destructora! ¡Que la humanidad acuda más bien a la ciencia en busca del secreto para hacerse bien a sí misma!

Ya lo está haciendo, por lo demás, y con honor para ella y para bien de todos. Vosotros mismos, señores, con esta semana de estudio que os reúne, dais un magnífico testimonio de ello. Vuestro tema: "Materia orgánica y fertilidad de los suelos" está todo él orientado hacia el bien de los hombres; mejor, hacia el desarrollo integral y solidario de la humanidad, como Nos lo pedíamos, hace un año, en nuestra encíclica "Populorum Progressio". Hacer fecunda la tierra, hacer producir pan para todos sus habitantes, luchar contra la esterilidad de las zonas desérticas, multiplicar por doquiera los frutos de las culturas agrícolas, sacar de la fatiga del hombre resultados más fáciles y más abundantes, hacer posible la victoria sobre el hambre que aflige, todavía hoy, a poblaciones enteras, dar la esperanza y medios de subsistir a las generaciones humanas que crecen sin cesar: he ahí vuestra conquista, vuestro arte, vuestra misión, vuestra corona.

Estamos orgullosos de vosotros, señores; satisfechos de vuestros estudios y de vuestras contribuciones al bienestar de la humanidad. De todo corazón os expresamos nuestras alabanzas y nuestros votos. Y en nombre de ese Dios tan grande y tan misterioso, cuyas obras vosotros exploráis; del Dios Creador del mundo y Redentor del hombre, de este Dios que con toda humildad y con toda verdad Nos representamos, os otorgamos a todos nuestra bendición apostólica.

CARTA AL SECRETARIO DE LA COMISION "JUSTITIA ET PAX"

A nuestro querido hijo José Gremillion:

Celebrándose en Beirut la apertura de la Conferencia sobre la cooperación mundial para el desarrollo, nos es grato expresaros nuestra profunda satisfacción y haceros partícipes de la esperanza que despierta en nosotros esta reunión, en la que calificados representantes de la Iglesia católica romana y del Consejo Ecuménico de las Iglesias estudiarán en común los medios para unir sus fuerzas y recursos con objeto de sensibilizar a sus hermanos con respecto al desequilibrio creciente que existe entre las diferentes naciones y recordar a quienes lo hayan olvidado el sentido de su responsabilidad. Aunque no se haya realizado todavía una unión perfecta entre nuestras confesiones cristianas en el plano doctrinal —siendo laudables los esfuerzos de aproximación— hay al menos un campo en el que el ecumenismo puede llegar a resultados concretos e inmediatos, el que ahora es objeto de vuestra reunión.

Tenemos el gusto de saludar también a las eminentes personalidades que comparten con vosotros el fruto de sus investigaciones personales y os proporcionan el apoyo y el aliento de las organizaciones internacionales.

Nos es particularmente grato saber que esta iniciativa de la que esperamos muchos resultados positivos haya sido suscitada por nuestra encíclica "Populorum progressio", en la que llamábamos la atención de todos los hombres de buena voluntad sobre este importante hecho de nuestros días: "los pueblos del hambre interpelan hoy de forma dramática a los pueblos de la opulencia" (3). Los invitábamos "a una acción concertada para el desarrollo integral del hombre y el desarrollo solidario de la humanidad" (5), es decir: a "ampliar su esfuerzo común y concertado para ayudar al mundo a triunfar sobre el egoísmo, el orgullo y la rivalidad, a superar ambiciones e injusticias,